

ERINA
ALCALÁ

5 AV

ALLÍ
ESTÁS

EA

ALLÍ ESTÁS

(Erina Alcalá)

**Eres mi primer pensamiento al
despertar y el último al dormir.**

CAPÍTULO I

Mara Hernández y Cora López habían pasado muchas vicisitudes para ser tan jóvenes, desde que empezaron a vivir juntas. No eran hermanas, sino hermanastras.

Ocurrió en Marbella su historia. La madre de Mara, Gloria, se quedó viuda muy pronto. Era enfermera y el padre de Mara, Jóse, también. Pero murió en un accidente de moto cuando ella era una niña apenas y la madre de Mara, le pasó tan mal que le costaba salir de ese pozo sin fondo en el que entró tras la muerte del único amor que conoció, sin el amor de su vida.

Se habían comprado una casita en una urbanización frente al mar y eran felices con su pequeña, pero todo acabó en la maldita cuneta una noche oscura de lluvia y tormenta, cuando salía del trabajo. Llovía poco en Málaga y esa noche llovía a cántaros. La casa quedó pagada con el seguro, pero eso, no consoló nada a la madre de Mara.

Pasaron ocho años y Mara cumplió diez cuando su madre le presentó a Fran otro enfermero del que se enamoró, no como de Jóse, pero era un buen hombre. Era viudo como ella y tenía una hija, Cora, de dieciocho años que acababa de terminar el instituto y pensaba estudiar Derecho en la Universidad.

Las chicas se llevaban bien, a pesar de la diferencia de edad de diez años, pero la madre de Mara nunca quiso casarse más, aunque vivían en su casa todos sobre todo por la ubicación.

Eran una familia, se querían y la madre de Mara fue feliz de nuevo hasta que Cora acabó la Universidad, cinco años después con un máster incluido y quiso vivir independiente. Había entrado en un bufete y conoció a Jaime y llevaban cinco meses viviendo juntos.

Y ahí fue donde se desató la tormenta. La madre de Mara tuvo cáncer de mama con metástasis y Fran la dejó. Su mujer, la madre de Cora ya había pasado por lo mismo y él no pudo, no pudo dos veces pasar por eso, y pidió traslado a Madrid dejándola en su peor momento con su hija Cora dándole una bronca, pero no hubo nada que hacer.

La madre de Mara se fue en tres meses y la dejó sola con quince años y aunque ella, Cora, era toda una mujer, no quiso irse con su padre a Madrid.

Mara y Cora lloraron porque en realidad, Mara se quedaba sola de verdad y su hermana y Jaime se cambiaron a vivir con ella, con la condición de que si iban cuando ella entrara en la Universidad y cumpliera dieciocho años, para que no se la llevaran los Servicios Sociales, porque Jaime quería vivir con ella, solos. También era abogado, dos años mayor que Cora.

Y así con el tiempo Mara cumplió los diecisiete años y una noche llegó preocupada del instituto y habló con su hermana. Estaba embarazada ya de cinco meses. No podía pasarle nada peor. Y por más que Jaime y su hermana Cora le preguntaron, nunca quiso decir el nombre de su bebé.

Tenía ya meses de embarazo y la suerte es que, aunque le quedaba un año de instituto, iba a dar a luz justo a finales de junio, al acabar el curso. Y luego, le quedaba otro curso más antes de la Universidad.

Se reunieron para ver qué iban a hacer, qué solución y decisión tomaban porque el padre del bebé, no quería hacerse cargo de nada, para colmo negaba que fuese su hijo y Mara lo pasó muy mal. Iba a tener un niño y ya le costaba el embarazo.

Cora le dijo su hermana.

-¿Qué quieres hacer? Porque trabajar, estudiar y criar a tu hijo no puedes, No puedes hacerte cargo del chico, nosotros tampoco, tu madre no te dejó apenas dinero, has vivido desde que se fue mi padre de la mitad que dejó, que a menos no se lo llevó.

-¿Y qué hago? quiero a mi hijo Cora.

-Mara, no podemos criarlo. Mejor que lo demos en adopción, y siempre cuando sea mayor, puedes buscarlo.

-Podría -dijo ingenua.

-Verás puedes, te cuento, Jaime tiene un amigo abogado americano. Tiene en Manhattan un gran bufete, y está casado, pero no pueden tener hijos y Jaime le contó tu situación. No sabe que eres mi hermana, le dijo que era la hermana de una clienta que conocía.

-Pero se va a Estados Unidos...

-Pero no conocerá tu nombre, solo respetará el que quieras ponerle, el apellido será suyo, pero sabrás sus apellidos, no quién es. Al menos te quedarás con la

esperanza de que está con una familia joven, unos padres jóvenes, cariñosos ricos y estará muy bien cuidado.

-¿De verdad? Quiero verlo al nacer.

-Lo verás y luego se lo llevan a Estados Unidos. Jaime preparará la adopción.

-¿Qué piensas?

-Pienso que debes hacer lo que quiso tu madre quiso Mara, una carrera, se lo prometiste, con un niño no podrás, Mara.

-¡Ay dios mío!

-Venga. Lo buscarás cuando tengas una carrera, sabemos dónde está, cuando estés asentada o no, quizá tengas otros hijos.

-Si crees que es lo mejor...

-Mara tienes diecisiete años recién cumplidos cariño, tendremos que pedir beca para la universidad y aún te queda el curso que viene. Yo no gano demasiado aún.

-¡Está bien!, se llamará Víctor- lloraba Mara.

-No llores cielo ¿El nombre es por su verdadero padre?

-Sí, no lo ha querido. No recuerda nada. Fue una noche de discoteca.

-Es muy joven también Mara, fue un momento nada más y tenéis una vida por delante y un futuro. ¡Está bien!, se llamará Víctor hablaré con Jaime y el matrimonio.

Y en dos meses cuando acabes y des a luz, se lo das y descansas el verano intenta aprobarlas todas para recuperarte, aún te queda un año de instituto y luego haces psicología que es lo que tú quieres hacer.

Y así se hizo.

Ella dio a luz a finales de Junio, al acabar el penúltimo curso del Instituto Lloró mucho cuando lo tuvo cinco minutos en sus brazos y juró ir a buscarlo al fin del mundo en cuanto tuviese dinero y cumpliera la promesa a su madre.

Ese último año, Víctor el chico con el que tuvo sexo, la miraba a veces, pero jamás le preguntó nada, pensó que había abortado.

Y así el matrimonio James y Natalie Smith se llevaron contentos al hijo que nunca podrían tener juntos, a Manhattan.

James Smith, era rico, sus padres tenían un gran bufete de abogados en Manhattan y él era subdirector, su padre, Jack, el director y el bufete estaba ubicado en la Quinta Avenida, ella, Natalie era abogada laboralista y James penalista.

El piso de la Quinta Avenida donde vivían era enorme, casi 500 metros cuadrados. No le faltaba nada, una chica para casa otra un día a la semana, tres coches en el garaje, uno de ellos todoterreno para salir de la ciudad, dinero, ropa y todo lujo, viajes... y el hijo que querían, con una Nani para él solo en una suite del apartamento. Hicieron una suite aparte. Creían que tener un hijo sería algo maravilloso, pero maravillosa, era su vida antes de tenerlo, antes de los llantos y cambios de pañales, resfriados y noches en vela.

Por eso hicieron una suite aparte, con su propia cocina, una habitación pequeña para sus juguetes, otra para él con baño propio y otra para la Nani a lado también con su baño propio y un saloncito completo. Le pusieron una puerta a la entrada del apartamento, a la derecha de la entrada, y esa era la casa del niño. La Nani debía tener cuidado de que no molestara y solo ellos podían pasar a verlo.

Aun así, el apartamento quedó enorme, aprovecharon 200 metros cuadrados para la suite del pequeño y ellos se quedaron con 300 metros, para salón, cocina, despacho doble, y tres dormitorios enormes. El suyo doble con doble baño.

Ya tenían una chica para limpieza de la suite, otra del apartamento y la Nani solo para el pequeño.

Así descansaban, decían. Un hijo para nada de momento porque era bebé y molestia a la vez.

Sin embargo, Mara, se quedó triste ese verano que dio a luz, pero entre Jaime y su hermana Cora, la levantaron de su tristeza, animándola.

Pasaron los años y terminó el instituto, los cuatro años de psicología y un máster. Todo con beca.

Nunca, ni un día ni una noche, dejó de pensar en su hijo, en cómo estaría.

Su hermana como acordaron en cuanto entró en la universidad, al año de dar a luz, se cambió de casa con Jaime, ya que esa casita era de ella, de Mara. Era una casita pequeña, pero al menos suya.

Cumplió Mara, 23 años cuando acabó su máster y con suerte y una mano de su hermana y Jaime, entró a trabajar en un bufete de psicólogos de Marbella.

Cuando salió del Instituto, ya no volvió a ver más al padre de su hijo ni supo nunca si se había ido a Harvard como se pavoneaba en el Instituto porque era un niño rico, además de inteligente y guapo. Y eso molestaba a Mara.

Para esas fechas, su hermana y Jaime habían tenido un chico también y no querían más y a ella le consolaba el pequeño Jaime de cuatro añitos. Era la luz de su vida, lo amaba tan pequeño y el pequeño amaba a su tita Mara. Si llevaba cuatro años con su hijo Víctor, donde estuviese. Cuatro años menor.

-Lo tienes muy consentido- le decía Cora.

-Sí, es que es tan bonito. Se parece a Jaime, Cora.

-Venga, sé qué estás pensando, está bien.

-¿De verdad?

-De verdad, tiene ya siete años.

Y Mara se enfrascó en el trabajo. Era feliz, no completa, pero esos tres años aprendió mucho, tenía buenos compañeros y nunca miró a otro hombre porque a pesar de todo recordaba a ese chico con el que tuvo un hijo. Víctor de ojos verdes, moreno alto y vanidoso también, lo reconocía. Con él dejó de ser virgen, tuvo sus primeros besos. Y aunque su hermana se le decía que saliera, ella tenía miedo. Estaba bien así.

Y su respuesta, era:

-Algún día me animaré.

Pero no había quien pudiera con ella, era gym, pasear, leer mucho, trabajar, nadar, ya que su casa estaba frente a la playa, escuchar música, comprar, cine y a veces con su coche nuevo iba a algunos pueblos por la costa los fines de semana y comía fuera. Siempre sola.

Estaba bien, sola. La soledad era su amiga y no le asustaba.

Tres años después, la visitó su hermana un sábado.

-¿Qué pasa Cora?, ¿un sábado me visitas?, nunca vienes.

-Tengo que hablar contigo...

-¿De qué? no me asustes, más muertes no, por favor, ¿estáis bien?

-Sí, estamos bien, no somos nosotros, pero sí una muerte.

-¿De quién?

-Natalie, la madre de Víctor.

-¿De mi hijo?

-Sí, muy joven, un derrame cerebral y no lo ha superado.

-¿Y mi hijo?

-Con el padre, está deshecho. Jaime ha hablado con él, no pierden el contacto.

-¿Pero ahora qué?

-Ahora quiere buscar una Nani para su hijo porque la que tenía se va. Y encima se le muere la mujer joven, con menos de cuarenta años. Y quiere una que hable español. Jaime le ha hablado de ti.

-¿Le ha dicho?...

-No, ni debe saberlo, lo hemos hablado, pero Mara es ser Nani de tu hijo o se psicóloga.

-Ser Nani de mi hijo.

-Mara piénsalo bien.

-Soy joven Cora, mi hijo tiene 10 años, cuando pasen ocho, trabajo de nuevo cerca de él. Pero estar con él y cuando sea mayor de edad lo sabrá.

-Me parece bien.

-¿Cuando tengo que irme?

-En quince días, mañana te despides, ya le dijo Jaime que estabas trabajando que eras psicóloga y que era lo mejor para el chico y ha aceptado. Ganarás el doble de lo que ganas aquí, eso sí, guarda. Tienes todo pagado.

-Me voy ¿y la casa?

-La pones en venta y el coche. Guarda el dinero, te pagará muy bien. Vas a estar interna, piénsalo, excepto el domingo.

-No me importa, guardaré todo el dinero.

-¡Ay Mara!, no sé si será bueno...

-Lo será. No te preocupes.

-Pues venga, te ayudamos a vender todo y te envía el contrato para que lo firmes, sabe que eres mi hermana, pero no que eres la madre de Víctor.

-¡Ah dios Cora! Y se echó a llorar.

-No llores, lo perdiste y lo recuperas.

-Seré su madre Cora.

-Eres su madre, pero no pudimos quedárnoslo en aquél momento.

-Ahora puedo.

-Pues venga, mañana ponemos la casa en venta, arreglas el pasaporte, cambia a dólares lo que tengas, no todo y buscaremos un comprador para el coche que te darán más. Te voy a echar de menos.

-Y yo a vosotros y a mi niño.

-Ya iremos a Nueva York, no te preocupes.

-Me encantaría.

-Venga ámate, sabía que en cuanto te lo dijese, te irías.

-Lo estoy, estoy feliz.

-Entonces ¿por qué lloras mujer?

-Bueno, es porque soy feliz, porque voy a verlo y a tenerlo como siempre he soñado.

-Te quiero Mara.

-Te quiero Cora. Siempre has sido mi hermana, o mejor que una hermana.

CAPÍTULO II

El billete que le envió junto con el contrato y la visa de trabajo, James Smith era en primera.

Había conseguido vender en quince días la casa, el coche y hacer todo cuando debía para irse.

Y ahora estaba nerviosa. Tenía 27 años y su hijo diez. Ya no era un pequeño y lo único que deseaba en el mundo es que la quisiera. Si tenía que dedicarle ocho años de su vida, eran suyos, ella tendría casi treinta y cinco cuando entrara en la universidad y James prometió buscarle trabajo cuando eso ocurriera.

Iba nerviosa. Sabía que iba a una casa maravillosa, a un padre despegado y triste, hecho trizas y a un niño que no sabía cómo estaría.

La recogieron en el aeropuerto con un cartel como en las películas y ella avanzó con sus dos maletas, un bolso y su bolso de mano.

-Señorita Mara Hernández- le dijo el chofer- Llegaremos en media hora si el tráfico es bueno.

-Gracias- dijo ella en un correcto inglés de Inglaterra, algo que había aprendido sin duda por su hijo.

Ella miraba los altos edificios, le gustaba. No era Marbella, pero estaba bien.

Cuando llegaron a un gran edificio, con portero, éste salió al encuentro.

-La dejo señorita Mara,- le dijo bajando el equipaje, del que se hizo cargo el portero- el señor James me necesita. Hablará con usted mañana por la tarde sabe que necesita dormir.

-Gracias.

Y el portero, la acompañó al ascensor y le llevó las maletas.

-El 20 F. Piso 20, puerta F.

-¡Qué alto!

-Y el portero sonrió.

-Bueno vamos allá- dijo ella dándole al botón del piso correspondiente.

Cuando llegó arriba, cargada con las maletas, llamó al timbre y le abrió una señora que llevaba uniforme de asistente.

¡Joder, que tiquismiquis!- pensó ella.

-Hola!, ¿es la señorita Mara, de España...

-La misma.

-Soy Angélica, la asistente, entra.

-Encantada.

-Pase, la chica está limpiando, pero ya su suite está lista.

-Muchas gracias ¿Y Víctor?

-En el colegio, viene a las cinco. Le enseñaré todo, y si quiere tomar algo y dormir.

-Sí, claro.

-Mañana se encargará ya del chico.

-Muy bien, gracias.

-Le explico todo como me ha indicado el señor. Esta parte, la suite es suya y del pequeño. No puede entrar al apartamento, a menos que el señor la llame por el móvil. Tiene que dárselo, me lo da a mí y pone el suyo de casa.

-Perfecto.

-Le daré una agenda con todos los teléfonos que tendrá que meter en el móvil para cuando los necesite. Ahora vamos a ver su suite.

-¡Qué bonita!

-Este es el saloncito y la cocina, para los dos.

-Es más grande que mi casa- Y Angélica se reía.

-De la cocina no se preocupe, solo le tiene que preparar al chico el desayuno el suyo, cuando lo deje en el colegio, y la cena yo se la dejo. A mediodía come lo que usted quiera. El chico come y merienda en el cole. Debe llevarse algo

para media mañana. Ahí tiene la lista de desayunos y lleva una cajita con lo que le haga por días.

Y vio en la cocina una lista de comidas.

-Perfecto, entonces no hago cena.

-No. Pase por aquí. ¡Ah! el niño entra a las ocho y sale a las cinco, puntual.

-Lo seré. El colegio está al lado, a una manzana andando. Esta es la llave de coche, por si necesita ir a comprarle algo los fines de semana. Parquin, plaza 20 F4.

-Muy bien.

-Es azul, tiene aún silleta detrás.

-Perfecto.

-Tiene que hacer a diario los deberes, antes de cenar. Este es su cuarto.

-¡Qué bonito!

-Su vestidor, se encargará de su ropa, plancha y demás. Tiene lavadora secadora en su baño, en el pequeño no y plancha. Y si necesita nueva, ya le diré cómo y dónde comprarla. Si lo lleva al cine, permiso, al parque permiso, si donde sea, permiso.

-Claro.

-A la calle, permiso.

-Muy bien.

-Su vestidor, su baño, y esta su habitación de juegos y mesa para hacer deberes, su estanterías con libros, tele. Etc.

-¡Me encanta!

-Ahora la suya.

-Es preciosa y grande, tiene mesa de despacho en este lado, me encanta.

-Al lado de la del chico, preferiblemente no cierre la puerta, ni la de él ni la suya aún.

-Muy bien.

-Vestidor doble, baño con bañera y ducha y esta, la de lavadora y secadora. Ahí tiene las instrucciones. Ahora ya lo sabe todo. Bueno, Faltan las compras de su cocina, ropa del chico, gasolina y salidas, compra de materiales, libros etc. Tiene una tarjeta. Tome.

-Gracias.

-Tiene mil dólares mensuales, si falta, lo pide. No hace falta que guarde los tickets, el señorito mira en el móvil en qué se gasta.

-¡Está bien!

-Su nómina se la ingresa el señor el día uno, en su cuenta. Las dobles en Junio y en Diciembre. Tiene un mes de vacaciones en Julio.

-Perfecto.

-Si necesita algo, me lo dice. Venga y vea la casa.

Y vio esa enorme casa.

-Ya le digo que preferible que el señorito no la vea por aquí, ni al chico. Yo me voy a las tres. Hoy me quedo por el chico para que descanse.

-Gracias Angélica.

Mañana lo llevo al cole y lo recoge con el padre y usted, para que hable con la directora y le den permiso para recogerlo y llevarlo. ¡Ah, los uniformes!, a la tintorería de abajo. Está una manzana más allá del colegio. Esos no se lavan salvo las camisas y demás y de deporte. Chaqueta y pantalón no. Es lo que debe llevar dos veces a la semana. O más si se mancha.

-Perfecto.

-Sale a las tres, pero se queda hasta las cinco a hacer deporte o actividades extraescolares, todo lo tiene en la agenda que le he dado, mañana anota todo.

-Bueno, tome la tarjeta.

-Gracias.

-El pin, los números de contraseñas. Y ahora le llevo de comer algo y puede dormir.

-Gracias. Me doy una ducha mientras. Mañana estudio todo por la mañana.

-La nevera de momento la tiene llena, pero si quiere algo diferente...

Comió y se dio una ducha y se cayó en la cama mullida a pulso.

Chico chico chico... Como si no tuviese nombre...

La suite era un apartamento precioso. Había fotos de la familia que miró antes de dormir.

Su hijo era precioso, como su padre, de ojos verdes, alto y moreno. Y recordó ese momento antes de dormir y quedarse con la foto de su pequeño en el pecho.

Era finales de septiembre, casi justo cuando empezaba el instituto y ese fin de semana salió con un grupo de amigos para celebrar que era el penúltimo año y que habían vuelto casi todos. Estuvieron en una discoteca de jóvenes y él salió a la calle un rato y ella también.

Y empezaron a hablar, ella había bebido una copa y nunca bebía y Víctor era tan guapo, alto y de ese verano apareció más guapo que nunca, con el pelo un poco largo y esa sonrisa blanca que tenía. Todas las chicas lo adoraban y estaban enamoradas de él. Y ella no era menos. Era un líder y ella una chica triste desde que su madre la dejó sola.

La besó una y otra vez y la metió en el coche. Y allí en la parte de atrás la levantó la falda y la penetró. Para ella fue mágico y creyó por un instante...

Pero él también había bebido y el lunes no recordaba nada. No era de su grupo de amigos y cuando ella supo que estaba embarazada se lo dijo y él lo negó qué cómo iba a acostarse con ella, bajita y normalita, algo rellenita. Nunca hubiese estado con una chica así, de forma que, si estaba embarazada, sería de otro, de él no. No recordaba nada y no se haría cargo de nada.

-¿Crees que voy a perder una carrera de derecho por ti?, todo mi futuro porque tú digas que nos acostamos. Yo no recuerdo nada, así que recuerda quien te hizo eso. Además, mis padres me matarían, quiero ir a Harvard, soy ricos, soy hijo único, y tienen planes para mí y yo también. Te apartas de mí vista, ya lo sabes.

Recordaba como lloraba ella, sí, era un chico rico, y ella una chica de clase media baja, pero lo odió en ese momento. Y nunca más se hablaron. Él la

miraba a veces porque los chicos la miraban embarazada y la criticaban. Pero después de ese suplicio, por fin, acabó ese curso. Y ella dio a luz.

Pero ahora iba a conocer a su hijo y Víctor no importaba nada. Nunca supo de su vida, ni se le ocurrió preguntar a nadie de su instituto.

Ahora era una chica guapa, delgada, hacía ejercicio, sofisticada, leía y, sobre todo, estaba en el lugar que debió estar diez años atrás.

Se quedó dormida hasta las doce del día siguiente.

¡Madre mía!- dijo al mirar el reloj del móvil.

Se levantó y se hizo algo de desayunar. Se sentó y cogió la carpeta con toda la información y metió todos los teléfonos en su móvil y dejó la lista en el cajón del salón.

Se vistió para ir a recoger al pequeño cuando llegara el señor James, como le decían.

Miró todo, claves... deshizo el equipaje, planchó la ropa arrugada y miró el cuarto de su hijo, la ropita, pija toda. Parecía de un niño mayor.

Los libros, los videojuegos...

Después comió algo y tomó un café, recogió la cocina y se pintó un poco. Se echó en el sofá hasta que la llamaran. Todo estaba listo para que apareciera James.

Y James a pareció a las cuatro y cuarto, la llamó y ella salió. Se presentó y le dijo que si lo tenía todo claro.

Y ella le dijo que sí.

-¿Nos vamos?

-Sí, claro. Estoy deseando ver a Víctor.

-Ya sabes Mara que está prohibido que salga al apartamento, tiene el suyo propio, salvo que yo lo llame. A veces hago fiestas y vienen clientes o cenas. Y no quiero molestias.

-No se preocupe.

-¿Tiene todo claro con la tarjeta?

-Sí señor. Tienes el coche, pero si sale me lo dices.

-Sí señor, ya Angélica me lo ha dicho.

-Pues vamos. Coge estas llaves. La de la casa y la de la suite.

Y la dejó pasar.

Era un hombre, alto, elegante de unos 40 años, guapo y olía de maravilla. Era un hombre con clase, elegantísimo y educado.

Fueron la a venida andando porque estaba cerca, entraron al despacho de la directora y él dijo que era su nueva Nani y que lo recogería y llevaría ella.

Después fueron a esperarlo.

Cuando Mara lo vio, casi quiso llorar de la emoción, ese era su hijo, moreno de ojos verdes igual que su padre. Era un calco de Víctor. Era un niño tranquilo y triste. Venía andando hacía ellos como si le pesara el mundo.

-Está triste por la muerte de su madre- dijo James.

-No se preocupe, soy psicóloga y he tratado a niños de su edad.

-Por eso te elegí, además sabes castellano y lo quiero bilingüe.

-No se preocupe. El tiempo lo curará todo y yo haré lo que esté en mis manos. En cuando al castellano, hablaremos castellano entre nosotros.

-Se lo agradezco Mara. Algunas veces cenará con mis clientes y el pequeño cuando sea conveniente, o cena familiar de chicos, o haremos su fiesta de cumpleaños en algún hotel.

-Muy bien.

-¡Hola Víctor!- Le dijo el padre, pero no lo besó, ni abrazó, había cierta distancia y ella supo que no había recibido cariño ni abrazos ¡Joder!...

-Mira ella es Mara, tu nueva Nani... es de España.

-¡Hola Víctor!- se agachó y le dio dos besos- encantada de conocerte, ¿qué tal el cole hoy?

-Bien- dijo sorprendido.

-¿Me das la mano?

Y el pequeño le dio la mano. Y se fueron andando por la avenida.

-¿Qué has hecho después de clase?

-Beisbol.

-¿Te gusta?

-Bueno...

-Hacer ejercicio está bien. Ese no me lo conozco, pero me enseñarás.

-Vale- dijo animado como quien enseña a un mayor a hacer algo, creyendo que los mayores todo lo saben.

-Bueno. Te dejo aquí Mara, aún tengo una reunión- dejándolos en el portal
Pórtate bien Víctor.

-Sí papá.

-Bueno, Víctor, ¡qué nombre más bonito!, ¿nos vamos arriba?

-Sí.

-¿Has merendado?

-Leche con cacao y galletas.

-Pues veremos qué nos ha dejado Angélica para cenar. ¿Qué sueles hacer a llegar a casa?

-Me baño y preparo la ropa para mañana.

-Perfecto.

-Y me pongo el pijama, no se sale durante la semana.

-Ya haremos planes para el finde- le dijo como quien le dice un secreto entre ambos.

-¿Sí?

-Quiero conocer sitios, no vamos a estar encerrados.

-¿Podemos?

-Claro, pidiendo permiso... veremos qué hay por ahí.

-¡Qué bien!

-¿Y además de bañarte, solo?

-Solo.

-Ya eres mayor. ¿Qué haces?

-Terminar los deberes y me los corriges, estudio lo que tenga y cenamos. Y luego a la cama.

-¿Sin charlar?

-¿Se puede?

-Vivimos solos. Charlaremos o te leo algún cuento o historia.

-Soy mayor.

-¿Y qué?

-No me han leído nunca.

-Pero Mara de España es tu nueva Nani, y trabaja de forma distinta.

-¡Qué chuli!

-Anda dame un abrazo -y ella lo abrazó y él estaba sorprendido.

-¿Has visto la suite?

-La he visto.

-Ven vamos- le dijo al entrar.

-Espera que ponga la alarma o me mata tu padre cuando venga.

-La suite es preciosa. Víctor.

-¿A que sí? Ven a mi cuarto.

-Me encanta, tiene de todo.

-Y este de juegos y deberes.

-Creo que eres un niño privilegiado, cuando yo era pequeña tenía un dormitorio y hacía los deberes en el salón.

-¿En serio?

-En serio. Eso sí, mi casa estaba frente a la playa- le contaba mientras le quitaba la mochila y la dejaba en la silla. La chaqueta... ¿Sirve para mañana?

-Sí, dos a la semana.

-Perfecto, tú me vas diciendo. Doblamos la ropa.

-La camisa no, la corbata sí.

-Pues dejamos preparada la ropa.

-Sí. Voy a bañarme.

-Las toallas.

-Yo llego, las dejo en el bombo.

-¡Qué niño más listo!- y se reía.

Estaba feliz.

Parecía que había entrado con buen pie.

Cuando acabaron los deberes y cenaron, se lavaron los dientes y pusieron un ratito la tele y se estaban riendo de los dibujitos y charlando cuando entró James y los oyó reírse.

Su hijo no se reía fácilmente y eso le gustó. Mara tienes un punto a tu favor, dijo mentalmente.

-Bueno bicho, nos vamos a la cama.

-Pon la alarma del móvil.

-¿No tienes?

-Hasta los doce, lo tengo prohibido.

-Ponla tú.

Y le dio su móvil.

-No sé.

-Ven que te enseñe.

Y la puso él.

-¡Qué pasada!

-Esto es nuestro secreto.

-Sí.

Lo acostó y, lo arropo y le dio un beso.

-Dejo la puerta entornada y la mía, si me necesitas me llamas Víctor.

-Sí, Mara.

-Que duermas bien cariño -Y le dio un beso de nuevo.

Cuando despertó por la mañana, estaba en su cama y lo abrazó, pobrecito.

Sonó el móvil.

-Vamos bandido has dormido conmigo, nos tenemos que preparar. ¿Te viste solo?

-Sí.

-Pues te hago el desayuno.

-Cereales- decía.

-¿Tostadas no?

-No, cereales.

-¿Pero te gustan?

-Bueno...

-El fin de semana vamos a hacer un desayuno distinto.

-Vale

-¿Y para llevarte?

-Mantequilla de cacahuetes.

¿Qué leche era eso para un niño?

Iba a cambiar todo eso.

Cuando estaba vestido, lo miró bien, miraron los cuadernos y libros de horario del jueves y se fueron de la mano al colegio.

Cuando iba a entrar, ella le dijo.

-¡Eh bandido! ¿No se te olvida algo?

-¿Qué?

-Un abrazo.

Y Víctor la abrazó. Y ella también con dos besos.

-Pasa un buen día y sé bueno, debo estar orgullosa de ti.

-Sí, Mara. Hasta luego.

-Hasta luego, mi niño.

Todo eso le encantaba al chico, porque nunca se lo habían dicho. Y era tan bueno...

Era su niño.

Y se fue a casa.

Angélica estaba haciendo sus tareas y ella la saludó.

-Ya han limpiado la suite- le dijo la asistente.

-Gracias, voy a desayunar y recojo lo del chico.

-Muy bien.

-Hasta luego Angélica

-Te llamo para dejarte la cena, mira si falta algo de la nevera y vas a la comprar.

-Perfecto.

CAPÍTULO III

Los dos meses siguientes, Octubre y Noviembre, ella fue cambiando la vida de Víctor. Su hijo era feliz, se reían mucho, jugaban, salían, eso sí, con permiso cambió su alimentación con tostadas por la mañana y zumo de naranja y su leche, fruta para llevarse, le compró ropa más informal, salían al parque, en el coche, ella aparcaba y pasaban la mañana del sábado allí jugando y Víctor tenía amigos del parque.

Vio un cambio en el niño desde cuando llegó. Más animado, menos triste abrazaba y besaba, leían juntos, iban al cine, se fue abriendo con su padre pero rara vez se lo llevaba a algún lado. Los fines de semana se quedaba trabajando en casa.

Y llegó Acción de Gracias. Ella no quiso cogerse esos días.

Cenaron los tres por primera vez en la casa. Angelica, había dejado la cena hecha, demasiada, incluso para el día siguiente.

Ella puso la mesa y fue la vez que vio a James como padre.

Era educado, pero su hijo había cambiado y él a veces sonreía por lo dicharachero que se había vuelto. Hablaba por los codos, era feliz, le contaba a su padre todo lo del cole.

-¿Podemos ir al parque mañana papá?

-Sí, iré yo también - y Mara se sorprendió.

Pero lo pasaron muy bien en ese parque.

Mientras Víctor montaba en los toboganes de niños mayores, se sentaron los dos en un banco.

-Mara...

-Dígame señor.

-Llámame James mujer, ¿o me ves muy viejo?

-Para nada.

-Quiero darte las gracias por el cambio que ha experimentado mi hijo. Nunca lo he visto así, feliz, dicharachero, educado, aprende rápido el idioma. Y es gracias a ti.

-Gracias, se lo agradezco.

-Tienes unos días en Navidad que puedes cogerte.

-Prefiero pasarlos en casa, si no le importa. Solo el mes de vacaciones en julio

-Te los pagaré.

-No hace falta, es que no quiero dejarlo solo, podemos hacer muchas cosas en Navidad.

-¿Sabes Mara?, ni incluso cuando vivía su madre, era así mi hijo. Creíamos que un niño era algo maravilloso, pero teníamos mucho trabajo para ocuparnos de él como merecía un hijo. Quizá porque no era nuestro.

-Era suyo.

-Tu hermana te contó que lo adoptamos.

-Sí, claro, lo sabía antes de venir.

-Pero lo quiero, ahora es un niño feliz.

-¿Y su Nani de antes de venir yo?- preguntó Mara.

-Era una institutriz, más que una Nani y tú pareces su madre, su amiga. Se ríe me alegro de haberte contratado.

-Le doy las gracias, soy muy feliz con Víctor.

-Pero eres joven, no sales...

-No, no me apetece ahora. Algún día, quiero que antes se acostumbre y sea feliz.

-Lo va siendo, lo va siendo.

Y James lo miraba y por primera vez lo vio sonreír satisfecho.

El tiempo pasaba raudo y veloz, ella algunos fines de semana cuando Víctor cumplió 12 años, salía, se acostaba con algunos hombres. Era una necesidad

Los veranos iba a Marbella, veía a su hermana, a su cuñado y a su sobrino. Y de ahí se iba a otros países o ciudades. Gastaba la paga extra e iba a ahorrando todo el año, todos los años. Y los veranos echaba de menos a su hijo, el padre se lo llevaba de viaje.

Cuando cumplió 14 años, James trajo a otra mujer a casa, la presentó como su prometida. Se llamaba Candy y ni a ella ni a Víctor le gustó.

Había algo en ella que no era auténtico, no le gustaba, pero su padre se casó con ella a los seis meses.

Ellos no molestaban, seguían en su suite, pero la oían quejarse todo el tiempo sobre todo cuando era el cumpleaños del pequeño, las cenas de Navidad y de Acción de Gracias de los dos años siguientes. Se ve que no quería hijos. Ya pasaba también de los cuarenta.

Pero ellos se escondían en su suite. Y eran felices allí.

Un verano, el padre reformó todo el apartamento y cambió todos los muebles por Candy. Todo quedó precioso, la verdad, todo nuevo.

Y a Candy le molestaba que ella estuviera en casa, incluso en la suite, pero una noche oyó decir a James que hasta que Víctor no entrara a la universidad no se iba. Y aún le quedaban dos años.

Víctor tenía ya 16 años y era un chico guapo como su padre, alto y se dejaba el pelo algo largo. Aunque el padre no quería.

Sí que tenía claro estudiar derecho en Harvard, como su padre y su verdadero padre, si es que fue.

Y llegó el momento que ella temía. Víctor ya tenía 18 años, pero su unión con Mara era inapelable y profunda, la consideraba su verdadera madre, la quería y sabía que debía irse.

-Mara...

-Dime cariño.

-Quiero ir contigo este verano antes de entrar a la universidad a España. Papá dice que cuando vuelvas de vacaciones va a buscarte trabajo si quiere quedarte.

-Me quedaré, por supuesto.

-Quiero que te quedes, eres como mi madre. No quiero perderte.

-Tienes a Candy.

-Mara, te quiero para llamarte y cuando venga verte. Eres la persona que más quiero en el mundo.

-¡Qué loco eres!

-Sí, pero te necesito aquí.

-Me quedaré siempre contigo.

-¿No quieres casarte?

-Bueno, quizá ahora que me dejas, listillo me busque a alguien.

-Quiero que seas feliz, pero te buscas un buen hombre, no un Candy- y ella se reía.

-Ya veremos.

-Eres joven, tienes 35 años.

-Sí es verdad.

-Puedes tener hijos.

-Creo que contigo tengo. Eres mi hijo.

-Entonces, ¿puedo ir contigo a España? Tengo 18 años ya. Luego voy a universidad con mi padre ya hacemos todo, estoy admitido.

-Se lo preguntaremos.

Y el padre le dijo que sí.

Y así pasaron los dos un buen verano en Marbella, quiso enseñarle Andalucía y las tapas, la cultura y fueron a París y a Roma.

Pasaron unas vacaciones estupendas e inolvidables y a la vuelta se sintió algo triste.

-No estés triste, te conozco.

-Es que ya no te tendré a diario, aunque ya eres mayorcito.

-Lo sé.

-Ten cuidado con las chicas, estudia y te proteges.

-Mara...

-Hazlo.

-Lo haré.

-Tienes que hacer que tu padre y yo nos sintamos orgullosos de ti. Cuando acabes la carrera, trabajarás con tu padre.

-¿Y tú dónde vas a vivir?

-Creo que voy a comprarme un apartamento pequeño. Pediré un poco de dinero al banco prestado y viviré cerca, he ahorrado mucho y si tengo un buen trabajo, puedo pagarlo sin dificultad.

Pero a la vuelta, Víctor consiguió que su padre le diera el dinero como un finiquito para comprarse el piso. De tres dormitorios, uno de despacho, y otro por si Víctor se quedaba a dormir algún día.

Ella lo decoró, y James le regaló un coche.

-Pero James es demasiado, de verdad, ahora el chico entra en la universidad...

-Vamos Mara, lo mereces, no quiero que tengas deudas.

-Y no tengo incluso después de decorarlo, tengo plaza de garaje y coche nuevo. No puedo consentir...

-Puedes y está hecho. Y ahora toma, mañana voy con Víctor a Harvard y dejaremos todo hecho, ya se queda.

-Sí, me he despedido, me da tanta pena, tantos años...

-No te preocupes. Está haciendo las maletas con la ropa que comprasteis. Lo que has hecho con mi hijo no tiene precio, y a él ha encantado el viaje a España.

-Ya me he despedido del servicio. Gracias por el dinero que me faltaba. Además, vivo cerca, lo que necesite...

-De nada Mara. Ve mañana a esta dirección, van a contratarte. Es un gabinete de psicólogos y te van a pagar bien.

-Gracias, por dios, voy a emocionarme.

-Pues te darán tu despacho y empiezas en septiembre, o sea en una semana.

-Deme un abrazo.

-La chica de los abrazos. Mi hijo también lo es. Sí. Es un buen chico, gracias : ti.

-Bueno, váyase o me echaré a llorar- y James se reía.

-Me voy, a ver cómo va. Suerte Mara, nos vemos alguna vez y te llamaré.

-Gracias.

Y se quedó en su maravilloso apartamento.

Iba a ver qué ganaba, qué gastaba ese mes y se apuntaría de nuevo al gym que había cercano.

-Era raro vivir sola, pero su apartamento era tan bonito...

Tenía hasta un cuadro con una foto de ella y Víctor en la mesita del cuarto que compró para él si iba a dormir alguna vez.

Era en blanco, negro y grises, de 100 metros cuadrados suficiente para ella una planta 15, con vistas a la avenida, una cocina al salón no muy grande suficiente y un aseo al lado del despacho, cargado de todo lo necesario y nuevo

Su dormitorio con baño completo y vestidor y el de Víctor igual. Pero más pequeño. Pero las camas enormes, las cómodas, los baños maravillosos.

Tenía alarma y wifi y todos los canales de televisión, porque quiso Víctor.

Calefacción central y aire acondicionado. Tres sofás enormes y una mesita en la entrada para las llaves. Todo el mobiliario en blanco roto y el sofá gris, con mantitas y cojines.

Bueno, había que hacer una compra y de ropa y a eso iba a dedicarle día.

Y se fue a comprar al super y llenó la cocina de todo. El frigorífico. Iría semanalmente luego.

Y en vez de comer en casa, se fue al centro comercial, allí todo algo pasó por la peluquería y láser, uñas y pies y estuvo hasta las seis comprándose de todo colgando la ropa en el vestidor y preparando qué ponerse al día siguiente para la entrevista, con su PC y maletín.

Cuando se acostó eran las once de la noche. Se dio una ducha rápida y puso el despertador para la entrevista que la iban a contratar, así que no estaba nerviosa.

A la mañana siguiente desayunó, se vistió, se pintó y con sus cosas bajó la avenida tres manzanas y entró a su bufete, en el 5º piso.

Se presentó y la directora salió a recibirme amablemente.

Le enseñó todo y le hicieron el contrato. El sueldo era un pastón para ella pero no dijo nada, a los clientes, se les cobrara fuera, ella solo atender.

Y así le dieron una lista de clientes para la semana siguiente, por horario.

El horario de trabajo, de ocho a cuatro, con una hora para comer, la que le viniera bien.

Tenía de momento a siete clientes, todo completo, nuevos que iba a empezar con ella.

Le enseñaron su despacho, cómo se trabajaba, programas, información, cómo se guardaban las carpetas, deberes...

Y le dieron un libro con ellos para que le echara un vistazo en casa. El despacho debía estar cerrado con llave que debía entregar en la recepción. Por normas de protección de datos. Podía llevar trabajo a casa, con cuidado.

Y ella como aún no sabía que tenían sus usuarios, se llevó el libro, deberes, actuaciones y tenía que comprar algo para decorar su despacho, porta cuadros para los títulos, una planta, fotos de ella y de Víctor y no faltaba nada, tenía móvil de empresa que anotó y se llevó, pc de sobremesa y pendrives, fax e impresora.

Pues se llevó todo y se despidió hasta el lunes siguiente. Se llevó su contrato habiendo dado su número de cuenta.

Y de paso a casa, compró una planta, un marco precioso para la foto de ella y Víctor y otros iguales para el título y los cursos.

Tomó algo en la cafetería, y luego tomaría café y un trozo de tarta ya en casa.

Así, llegó a casa, se quitó la ropa, y se echó en el sofá cansada de los días anteriores. Puso el aire y cerró las cortinas. Y se quedó dormida. Ese día no iba a hacer nada, solo algo de pancha y la cena.

El resto de la semana, se apuntó al gym de 24 horas de lunes a lunes. Todo los días, allí se compró ropa y un par de bañadores, porque tenía piscina e iba a ir por la mañana, pero cuando trabajara, a la salida, así se despejaba y a casa.

Y empezó a trabajar. Se puso al día, era una vida maravillosa. El domingo por la mañana la llamaba Víctor para contarle sus cosas, se lo contaba todo y le pedía opinión de sus problemas adolescentes- ella también le contaba todo.

Y un jueves de octubre, a la hora de comer, fue a una cafetería que le gustaba entre el bufete de abogados y el suyo. Se sentó frente a la ventana y comía un plato combinado. Tenía una hora para comer y salió más bien tarde, de dos a tres.

Miraba los cristales, iba haciendo frío, y pensaba en uno de los casos, cuando alguien la miró a través de los cristales, con traje, enfocaba los ojos y la miraba.

Se puso nerviosa desde el pelo hasta el pie.

Era Víctor en persona y se reconocieron. Bueno, él dudó y entró a la cafetería.

-¿Mara Hernández?

-La misma Víctor Pérez.

-Dame un abrazo mujer- y ella se levantó y él la abrazó demasiado fuerte. Tengo hambre, me siento contigo.

-No te cortes. Siéntate, la mesa es tuya sin pedir permiso.

-No hay nadie ¿no?

-No, estoy comiendo sola.

-¿Qué número es ese plato?

-El 7.

Pidió el mismo y una cerveza.

-¡Menuda casualidad Mara!, en Nueva York. Cómo has cambiado mujer...

-Tú también, todo un señorito, ¿trabajas aquí?

-Sí, en el bufete de arriba.

-¿De James Smith?

-El mismo, ¿lo conoces?

-Sí que lo conozco, claro. He trabajado diez años con él.

-¿Diez años de abogada?

-No, cuidando a su hijo, ahora soy psicóloga, el chico está en Harvard este año.

-Dios ¡qué guapa estás! ¿Te casaste?

-Pues no he tenido tiempo, es mi primer mes casi de psicóloga aquí, en Marbella estuve tres años

-Sí, tenemos 35 años.

-Sí, lo recuerdas bien.

-Bueno, ¿entonces te va bien?

-Me va bien.

-¿Dónde vives Mara?

-Enfrente, allí.

-¿Aquí en la quinta?

-Sí, tengo un apartamento de tres dormitorios, bueno, dos, un despacho.

-¿Alquilado?

-No comprado y reformado, un piso como nuevo.

-¿En serio Mara?

-Sí, en serio, he guardado el dinero íntegro de todos estos años, no he salido apenas, y tenía la casa y el seguro de mis padres y el señor Smith, me la

regalado lo que me faltaba para no pedir préstamos y un coche.

-¿En serio? Increíble.

-¡Está casado Mara!

-¿Qué insinúas?

-Nada.

-¡Ah bien,! solo es en agradecimiento por su hijo. ¿Y tú?

-Yo llevo trabajando para él desde que salí de Harvard, 12 años.

-Eras bueno entonces y te llamaron...

-Eso es.

-¿Casado?

-Y divorciado hace cinco años.

-Te duró bastante.

-Tres años, pero no estábamos hechos el uno para el otro, la verdad.

-¿Y tienes pareja ahora?

-No, nada, vivir la vida que se me presente.

-Se te presentarán cosas, estás muy bien.

-Vamos Mara aún me guardas rencor.

-No, no es eso lo que guardo, pero lo he tenido.

-¿A qué te refieres?

-A nuestro hijo.

-Mara no recuerdo nada, de verdad, pero si dices que es mío, ¿dónde está?

-En Harvard, el primer año.

-¿Y qué estudia?

-Lo que su padre.

-Derecho...

-Exacto.

-¿Y cómo ha conseguido?... ¿De verdad es mío?

Y ella sacó el móvil, puso una foto y se lo enseñó.

-¡Joder Mara!, es exactamente yo cuando tenía su edad, hasta el pelo largo...

-Sí, es genético eso, hace gestos como tú y todo.

-¿Y qué has hecho trabajabas con Smith y lo cuidabas?

-No. Es su hijo.

-Que es su...

-Sí, es su hijo- y le contó la historia.

-Pero Mara...

-No lo quisiste, estaba sola, no tenía nada y fíjate qué casualidad. Solo lo sabes tú, así que cierra el pico.

-Mara, si es nuestro hijo...

-Es suyo.

-¡Joder Mara!

-¿Qué quieres?, no pudimos tenerlo.

-Tú sí, diez años y...

-Come.

-Quiero conocerlo.

-No es el momento ahora, tiene padre y a Candy, su madrastra.

-¿Y te conformas?

-Tiene 18 años, Víctor, tú puedes tener otros hijos.

-Y tú también.

-Sí, pero me resultaría difícil encontrar un padre con los pantalones bien puestos para mi hijo.

-Era joven si lo dices por mi Mara, no podía enfrentarme a eso con diecisiete años, tú tampoco lo hiciste y lo diste en adopción.

-Sí y no sabes lo que sufrí cada día durante diez años.

-Y estos ocho sin decirle quién eras ¿no?

-También, pero lo tenía.

Pidieron café...

-Vivo en la calle paralela Mara, dame tu teléfono...

Y ella se lo dio y él le metió el suyo.

-Seguiremos hablando. Tengo una cita con un cliente.

-¿Tienes piso?

-Sí, es mío, mis padres me lo compraron.

-¡Ah!, olvide que eran ricos. ¿Cómo están?

-Murieron en un accidente en Marbella.

-Lo siento mucho Víctor.

-Hace seis años, uno antes de divorciarme.

-De verdad que lo siento.

-Te llamo, tengo que irme. Pago esto.

-Víctor no hace falta...

-Te llamo, tengo a un cliente. Mañana por la tarde.

-Vale.

Estaba, estaba más bueno que cuando era joven. Su corazón galopaba como un águila en busca de su presa. Había puesto su mundo tranquilo patas arriba con tan solo media hora y una mirada. Ojalá no la hubiese reconocido, pero es el instinto de los abogados... Y ahora ¿qué iba a hacer?

No había dejado de pensar en él, porque su hijo era idéntico, no había podido incluso tener buen sexo con los hombres con los que se acostó y llega en un momento a cambiar de nuevo su vida.

No lo dejaría, de ninguna de las maneras.

CAPÍTULO IV

Víctor llegó a su apartamento ese día casi a las nueve de la noche. La reunión con ese cliente difícil, había sido larga y farragosa. Era penalista y debía representar a un chico de 18 años que había sido partícipe en un crimen.

Y eso lo mataba, porque a pesar de saber que era culpable debía representarlo para que, o saliera libre o le cayera la menor pena posible.

Eran tres amigos, bebidos, viniendo de una fiesta y ciegos de coca, que chocaron el coche contra una mujer y su hija pequeña, y que murieron ambas. Lástima que no fuese el abogado del marido y padre de la familia. A veces se sentía un criminal como los que representaba.

Pero como tenían derechos, pues ¡vivan los derechos!

Llegó a casa extenuado, el padre del chico era de pasta, como él lo era, pero no sentía la más mínima empatía por ese mequetrefe de tres al cuarto.

Pero era un profesional.

Aquello fue la insostenible levedad del ser. Tenía ganas de llegar a casa y olvidarse de padre e hijo.

Y se lo dijo a James.

-Confío en ti- le dijo éste, consíguelos la menor pena posible y ya con eso no podemos hacer más nada.

-A veces ...

-Sí, esa sensación la tenía yo cuando mi padre dirigía la empresa, Víctor, pero eres bueno, mi mejor penalista, así que vete a casa cuando acabes.

-Aún me queda.

-Pues mañana tienes temprano otra cita. ¿Te has enterado del crimen de la mujer maltratada que ha salido en los medios?

-Lo sé, sí, no me digas que...

-No esta vez defiendes a la familia de ella.

-Menos mal...

-Bueno, te dejo Víctor, suerte.

-Hasta mañana, voy dentro.

En casa, cuando llegó, dejó el maletín en la mesa y se quitó el traje, junto con la corbata y lo dejó para que la señora que limpiaba, Marita, de ascendencia mejicana lo llevara al tinte. El resto al bombo.

Desnudo bajo la ducha, ese día no podría ir al gym, ni ganas que tenía, aunque le hubiese hecho falta, si no es porque tenía una cita bien temprano al día siguiente y luego juzgado. Iría al mediodía, si podía. O por la tarde.

Mientras se agarraba a la pared de la ducha y le caía el agua renovándolo recordó a Mara y su conversación.

Estaba tan guapa...Distinta, una señorita, le encantó hablar con ella. Pero que dios lo perdonara, no recordaba haberse acostado con ella. Pero saber que tenía con ella un hijo de 18 años, eso, lo molestaba, porque negó que fuese suyo en aquél momento, claro que en ese tiempo era un niño pijo y tonto. Y aunque la veía de lejos y a veces la miraba y cómo se reían de ella, ahora lo mataría a todos, incluyéndose.

No tenía ni que hacer prueba de ADN. Era suyo del tirón. Igual que él, todo tenía fotos en los que parecían gemelos. Era suyo y de ella y eso los unía aunque ella, aún no se creía de verdad que él no lo recordara, pero si ahora se acostase con ella lo recordaría, desde luego.

Su vida tampoco había sido fácil a pesar de todo. Hacer derecho, entrar a bufete, viajar cada año a Marbella, casarse, y un año antes de que murieran sus padres y quedarse más solo que la una, empezaron los problemas con Ella, que lo llevaron al divorcio. Menos mal que se casó con bienes separados y no tuvo hijos. Pero es que ya lo tenía.

Tuvo que vender la casa de Marbella, aunque sus padres le habían comprado un apartamento en Manhattan cerca de dónde ella tenía el suyo, claro que el suyo tenía solo un dormitorio y despacho. No quiso gastar todo el dinero y quería decorarlo bien. De lujo y un buen coche y trajes y guardar el dinero que sus padres tenían ahorrado, lo de la casa y que aún mantenía en inversiones y siempre pensaba comprarse en la Quinta un apartamento más grande, ese se le quedaba pequeño, sobre todo para meter los trajes, pero lo iba dejando, allí

vivieron bien, Ella y él. Pero se le llenaba ya el despacho y le faltaba espacio para trajes, un dormitorio o dos más. Podía. Pero nunca tenía tiempo.

Mara, Mara, ¡qué guapa estaba! Llevaba ya cinco años divorciado y tres meses sin sexo, sexo que no era bueno, que lo dejaba vacío, que llenaba con trabajo y gym.

Y pensaba ahora en su hijo. Quería a su hijo de 18 años, aunque ya era mayor quería saberlo todo desde el principio, con pelos y señales y para eso, estaba Mara.

El día siguiente fue estresante, pero al venir del juzgado, salió a comer con un compañero y la tarde al menos iba a ser de estudiar los casos y hacer hueco para el juzgado.

Al mediodía la llamó después de comer.

-¡Hola Mara!, ¿ya comiste?

-Sí, hoy me he traído comida.

-¡Qué ahorrativa!

-Sí, no como tú señorito pijo- y se oyó su risa a través del teléfono.

-Pues ahora pareces pija, bueno, te llamo por si quieres cenar esta noche.

-Víctor estoy muy cansada, prefiero el sábado. Ahora voy al gym cuando salga y me llevo la compra.

-¿Y no me invitas a cenar?

-Será tarde y si tienes pensado salir...

-No tengo pensado salir. ¿Llevo el vino, o el postre?

-No bebo.

-Pues dulcecillos, quiero saberlo todo con pelos y señales Mara.

-¡Está bien!, vente a las nueve. No esperes una cena de restaurante, sopa y tortilla de patatas.

-¡Mecachis!, hace que no la como, me encantará.

-Pues a las nueve, ya que te invitas solo...

-Es que, si no, no me invitas- dijo riéndose.

-Te paso la dirección.

-Muy bien, te tengo en wasap.

-Ya lo he visto.

-Te lo envió, tengo que dejarte que tengo un chico esperándome fuera.

-Vale, hasta luego, que te sea leve.

-Y a ti.

Mara limpiaba los jueves, al salir, el único día que no iba al gym, prefería un día entre semana para dejar el fin de semana para salir, descansar o viajar. El viernes sí iba a nadar un rato y se traía la compra del super.

A veces el domingo hacía varias comidas, las congelaba para llevárselas a trabajo y ahorrar, no todos los días comía fuera, pero el desayuno sí, le encantaba. Luego se lavaba los dientes, se retocaba el maquillaje, pero levantarse y desayunar fuera era algo maravilloso para ella. Prefería comer luego algo en la cocina del bufete. Y cenar ligero en casa.

El viernes, ese día, llegó a casa y colocó la compra.

Preparó una sopa de picadillo y una tortilla de patatas y un plato con jamón chorizo, salchichón, caña de lomo y palitos en el centro y otro con tomate y aceitunas. Todo lo dejó listo y la mesa puesta, pero sin comida.

Y se fue al baño, una ducha el pelo y se hizo una coleta. No pensaba maquillarse, solo un poco de color y un chándal cómodo, bonito y sus zapatillas blancas, limpias. Si esperaba Víctor que se vistiera de pija, no tenía ganas. Estaba muerta de toda la semana, sobre todo mentalmente. Y aunque sabía que el trabajo de él era mucho más estresante, el suyo la agotaba, hasta que se hiciese a la idea de que no le afectara tanto.

Se tumbó en el sofá esperándolo y se le cerraban los ojos. Fue una media hora de relax hasta que sonó la puerta.

La abrió, y allí estaba, guapo como nadie, con vaqueros que le sentaban como un guante y camiseta de color negro que resaltaban los músculos del gym.

-Pasa Víctor, no estoy guapa, cómoda sí, no tenía ganas de vestirme de nuevo.

-Toma unos dulces, ¡estás preciosa así! y traigo vino.

-Gracias, deberías hacer menos pesas.

Y él se rio.

-Te fijas en todo, más que yo en cada detalle. Sigues enana...

-Mira qué gracioso, siempre lo fui, no crecí más, tú sí.

-Bueno, estás muy guapa que es lo importante.

-¿Quieres comer ya o tomamos una cerveza?

-Prefiero vino, una copita antes.

-Abre la botella, no sé.

-¡Qué mujer!

-Si no bebo nunca, ni compro. No tengo visitas, ahora compraré alguna.

-Si tienes visita masculina...

-Pero no la tengo, llevo apenas un mes viviendo sola.

-¿En serio?

-Sí, ahora te enseño la casa.

-Vale, la mía tiene solo dos dormitorios, despacho y dormitorio, y llevo do años queriendo comprar una en esta avenida, me falta espacio, el despacho e pequeño, necesito más estantes y el vestidor imagina.

-No te compres tantos trajes.

-Mara, los trajes necesitan espacio.

-La verdad que sí.

-Pues a ver si en verano encuentro algo, o cuando acabe este juicio que llevo que me va a matar. ¿Me das una copa?

-Toma.

-¿Tú no quieres?

-Cerveza.

-¿Cerveza sin?

No bebo, Víctor, la última vez que bebí, tuve un hijo.

Y él se rio.

-Ven por aquí anda, ahora tomamos un aperitivo- Y él fue con la copa en la mano.

Ya has visto al cocina, el salón...

-Me gusta,

-Un aseo, al lado del despacho, es mediano. Y por aquí tengo la limpieza.

-Eso me gusta, junto e independiente.

-Sí, la verdad. Mi dormitorio baño y vestidor y tengo otro por si viene Víctor es más pequeño, pero igual, con su baño.

Y él se sentó en la cama y miró la foto.

-¡Joder Mara!, es mío de verdad.

-Sí. Es tuyo, porque no me acosté con nadie en años.

-¿En serio?

-Sí, en serio, hasta que vine a Nueva York y el chico tuvo 12 años.

-¿12 años sin sexo?

-Supongo que nunca sin sexo, porque recuerdo poco, pero a ti sí. En el coche.

-¿Lo hicimos en el coche?

-En la parte trasera.

-¡Por dios qué cutre que fui!

Y ella se rio.

-Nada ven, y puso en la mesa el plato de jamón y la ensalada.

-¡Qué bueno está esto!, ya ni lo recordaba.

-He dejado la mesa puesta, luego caliente y sirvo.

-Me gusta tu casa, los colores y no es pequeña.

-100 metros cuadrados, para mí sola, me sobra.

-Yo, lo necesito más grande.

-¿Quieres comprarte aquí uno más grande?

-Sí, de despacho y tres dormitorios al menos 200 metros o 250.

-¿Para qué tanto para ti solo?

-Por si me caso de nuevo y tengo hijos?

-¿Quieres tener más hijos?

-Nunca he sabido qué es tenerlo desde pequeño y me apetece.

-¿Que te lo cuiden?

-Bueno, sería un buen padre. Una chica ahora.

Y ella lo miró...

-¿Qué?

-No te veo siendo padre, tienes 35 años, cuando tenga veinte, tendrás 55.

-Matas mis ilusiones mujer, ahora la gente los tienes a esa edad, las chicas a los 40 casi.

-Es verdad sí, ha cambiado todo.

-Mara en serio, cuéntame todo desde que concebimos a nuestro hijo.

-Si no recuerdas aquella noche que fuimos a la discoteca, al empezar el penúltimo curso...

-Eso sí que lo recuerdo, lo que no recuerdo es haberme acostado contigo.

-Pues salimos a la calle, bueno cuando yo salí que apenas bebía, estabas en la calle al lado de tu coche y me llamaste. Empezamos a hablar, no sé de qué, y de pronto me besaste y así yo ni cuenta me daba, abriste la puerta de atrás y nos tumbamos, tú encima y me subiste la falda de vuelo que llevaba y así ocurrió todo. Para concebir un hijo no hace falta salvo eso.

-¡Joder Mara! que no lo recuerdo, habría bebido más de la cuenta.

-Sí, íbamos bien, sí. Yo virgen, desde luego.

-¿Y sentiste algo?

-Sí que sentí... Algo. Pues luego a los tres meses me di cuenta de que estaba embarazada, no me venía la regla, mi madre acababa de morir. Tú me dijiste lo que me dijiste.

-Eso lo recuerdo, ¡maldita sea!

-Sí, que no era tuyo, que no ibas a desperdiciar tu futuro que tus padres te matarían, todo eso. Y hablé con mi hermana, decidimos que, al finalizar el curso, cuando diera a luz en junio al final de curso, que no me quedara ninguna asignatura para descansar y recuperarme en la casa de la paya. Y lo mejor para el chico era darlo en adopción, no tenía apenas dinero, tuve que pedir beca, mi hermana, se vino con el novio conmigo, cuando murió año antes mi madre, había empezado a trabajar y en cuanto cumplí los 18 se fue a vivir de nuevo con el novio. Cuando empecé la universidad. Siempre quise ser psicóloga y se lo había prometido a mi madre. Con un chico, sin trabajo, se trabajaba y lo cuidaba, no me hubiese dado el dinero y mi hermana Cora cobraba poco. No iba a estudiar.

-¿Y James qué pintaba aquí?

-Era y es amigo de mi cuñado Jaime, estaba casado y no podían tener hijos. Pasaba a veces temporadas en Marbella cuando su padre era director de bufete. Y mi cuñado, le ofreció una adopción.

-Pero ¿sabía que eras tú?

-No, la hermana de una cliente- le dijo.

Y me dejaron solo ponerle el nombre y verlo unos minutos. Se lo llevaron- y se le cayeron unas lágrimas.

-Vamos Mara...

-Lo siento. Fue duro. No tuve alternativa. Bueno sí la tuve, pero iba a estar mejor con ellos. Y no hubo un día en que no pensara en mi niño, aunque sabía que estaba bien, en un buen sitio, en una buena familia, en una buena zona, en Nueva York. Y acabé psicología, aprendí inglés por él, para ir a buscarlo a los 18 y estuve trabajando tres años en un bufete de psicólogos en Marbella enamorada de mi sobrino precioso, cuando un sábado, lo recordaré, vino m

hermana a decirme que la mujer de James había muerto y quería una Nan para su hijo, que supiera bien el idioma. Y que mi cuñado Jaime le dijo que yo, la hermana de su mujer, querría ese trabajo, era psicóloga y sabía perfectamente inglés.

-Vaya...

-Y me lo dijo. No lo dudé un momento Víctor. Y me vine.

Le contó su vida con el chico, cómo vivían, como era su vida y como la cambió.

-¡Joder Mara!, y ahora te han compensado.

-Sí, me ha comprado un coche y lo que me faltaba para pagar el apartamento. Yo había apartado dinero para decorar y tengo aún los ahorros que traje de Marbella, la casa de mis padres que era mía y los seguros. Pero James quiso que me los quedara. Le debo mucho.

-Y nunca se lo has dicho.

-Pero si es como mi hijo Víctor, no puedo hacerle eso mientras su padre viva. Se han portado conmigo estupendamente. He estado con él los mejores años de su vida, me llama todos los domingos y me cuenta todo, es mi hijo.

-Te has sacrificado por él.

-No, nunca me he sacrificado, mi carrera se lo prometí a mi madre y mira ahora la tengo, gano muy bien, voy al gym, tengo de todo y tengo a mi hijo. ¡le digo mi hijo.

-¡Joder Mara!, te envidio, me he perdido a mi hijo.

-Bueno, si alguna vez viene, puedo invitarte.

-Eso me gustaría.

-Venga, pongo ya la mesa y comemos.

-¿Y tú qué?, ¿vendiste la casa de tus padres?- le dijo mientras servía la sopa.

-Sí, Mara, ¿qué iba a hacer con una casa para visitarla cada año o cada dos? Estaba llena de recuerdos.

-¿Cómo fue?

-Se salieron de la autovía un domingo.

-¿Estabas casado?

-Sí, al año siguiente de la muerte de mis padres, me divorcié.

-Ya tenía mi apartamento comprado y vivíamos en él.

-¿Por qué te divorciaste?

-Porque teníamos mucho trabajo, Elle, era ambiciosa, no había salvo compañerismo, no era la mujer que yo necesitaba.

-¿Qué mujer necesitabas?

-Caliente, sexual, amiga, cómplice, romántica, cariñosa...

-Para loco, pides mucho.

-Además de inteligente, sí, me gustan las caricias, los besos y ella era algo fría, conmigo, supongo. Fue de mutuo acuerdo, no teníamos nada en común así que fue fácil, solo poníamos un bote para gastos y nada más. Muy fácil.

-La querías.

-No, como se debe en un matrimonio. ¿Y tú no te has enamorado?

-No, sí que me he acostado con chicos estos años, poco, pero estaba interna Víctor y eso es incompatible con una relación. Y no quería, mis metas y propósito es que nuestro hijo llegara a estudiar allí con beca.

-¿De qué?...

-Beisbol.

-Hiciste un buen trabajo.

-Me alegro de haberme venido, era un chico triste que no besaban ni acariciaban, que no reía, apartado en casa y lo cambie todo, hasta su alimentación. Por las noches pequeño se veía en mitad de la noche a mi cama recordaba ella riendo-Y me lo encontraba allí con su manita abrazándome.

-¡Qué cosas!...

-Y mira, es un chico alto, guapo.

-Como su padre ibas a decir.

-Más o menos, no sé si es algo más alto.

-Mara mido 1,86. Soy alto.

-Pues como tú, cerca de 1,90. Menos mal que James es alto. Pero tiene los ojos azules.

-Te envidio Mara. Ahora estoy solo con un trabajo que a veces me dan gana de ser el asesino- y ella se rio.

-Bueno, en eso coincidimos, tengo algunos clientes que tengo que soportar pacientemente.

-Y se rieron.

-El tuyo es peor, la verdad, te vas a acostumbrar a mentir.

-¿Salimos mañana a cenar?

-¿Otra vez?

-Esta vez fuera Mara. Al menos con alguien de mi tierra guapa y malagueña Boquerona.

-Y se empezaron a reír.

-¡Está bien!, ¿dónde vamos?

-Sorpresa mujer, te llevaré a un lugar agradable. Y luego vamos a tomar una copa.

-Si no bebo.

-Pues sin alcohol.

-Vale, hace que no salgo y con la reforma del apartamento.

-La verdad es que me encanta, está mejor situado que el mío.

-Si, me gusta. Tengo gustos de rico ahora.

Y él sonrió.

-Mara...

-Dime- la miró...

-Lo siento. Siento no haberte creído.

-Víctor, éramos jóvenes, eras guapo con un futuro prometedor y mira ha sido cierto.

-Pero eres mejor persona que yo. Has tenido más suerte.

-No creas, yo también perdí a mis padres, pero tengo a Cora a Jaime y a mi niño que está en el instituto.

-Vas todos los años a Marbella.

-Este verano me llevé a Víctor.

-¿En serio?

-Sí, le encantó, James me dejó llevarlo antes de entrar a la Universidad fuimos en julio, luego ya compré y me dediqué al apartamento y después de todo me dio trabajo. Bueno, pues se vino conmigo.

-¿Y le gustó?

-Le encantó el jamón, y Víctor se reía.

-Todo, lo llevé por la costa, a Sevilla y Cádiz, al Rocío y fuimos a París, y a Roma.

-¡Menudo viaje!, si llego a saberlo me voy con vosotros.

-Quiere que me case- dijo riéndose- mirando a la nada.

-Víctor...

-Sí, como un viejo me dice:

-Mara quiero que encuentres un buen hombre que te quiera y no quiero que te quedes sola.

-Sí, es un viejo. Mira por ti. Se ve que te quiere.

-Dice que soy como su madre, que mejor, que no ha conocido a otra.

-Vamos Mara, se levantó y la abrazó.

-Lo echo de menos Víctor.

-¡Ay qué llorona!, parezco una madre.

-No lo pareces, lo eres. Anda dame esa tortilla. Hablemos de otra cosa, ya tendremos más tiempo.

Y él le estuvo contando el caso que lo traía a mal traer.

-No me gusta nada, ese niño capullo no tiene ni siquiera empatía por la familia. El pobre hombre está destrozado y tengo que defenderlo.

-Te entiendo, no quiero estar en tu pellejo, pero es tu trabajo.

-Conseguiré menos años de cárcel, pero si por mí fuera, cadena perpetua y lo borraría esa sonrisa de su cara de niño guapo.

-Bueno, mañana salimos, olvídate.

-Tengo que repasar el caso el domingo.

-¿Cuándo tienes el juicio?

-El viernes y deseando acabar. Espero que no quieran recurrir.

-Esperemos.

-Mara...

-Dime qué vamos a hacer...

-¿Hacer de qué?

-Estamos solos aquí.

-Estamos bien.

-Sí, no estamos mal, vamos a salir mañana y ya veremos.

-¿Qué estarás tramando?

-Nada malo al menos.

Cuando acabaron, él la ayudó a recoger y ella le preguntó si quería café después del postre.

-Esta noche no, quiero dormir a plomo. Mañana voy al gym temprano y luego me gusta ir al parque a correr.

-¿Qué deportista eres?

-Sí, me descargo algo. Tengo que pasar por la papelería también. ¿Y tú qué vas a hacer?

-Al gym, creo que al que tú vas, si es ese de más arriba.

-Lo es.

-¿A qué hora vas?

-Sobre las ocho, voy a nadar y luego a desayunar.

-También me gusta nadar un poco los sábados.

-¿Tienes que comprar de papelería algo?

-¡Qué bobo eres!, pues quizá algunas carpetas.

-Pues quedamos a las ocho allí, tu nadas y luego voy a la piscina y vamos a desayunar y al parque a andar, a correr y compramos en la papelería.

-Vale.

-Venga, te animas. Te dejo que estoy agotado y te veo agotada.

-¡Está bien!, que descanses.

-Mañana te enseño mi apartamento.

-Muy bien.

-Y ella fue a la puerta a despedirlo.

Y él le cogió la cara y le dio un beso en los labios, demorándose más de lo debido...

-Que sueñes bonito, nena.

-¿Y tú?- dijo con una voz que casi ni le salía.

Y él se fue.

-¿Por qué tenía el poder de desarmarla después de 19 años?

CAPÍTULO V

La mañana siguiente, de sábado, tuvo que reconocer Mara que lo pasó bien con él, en el gym, desayunando y después la hizo andar y cansarse hasta quedar agotada.

-Ya no puedo más Víctor-

-¡Qué vaga!

-Pero si eres una máquina...

-Anda, vamos de paseo despacito y te enseño mi apartamento.

-Sí porque ya mismo va a ser la hora de comer.

El apartamento de Víctor era pequeño, la verdad, pero es que ese hombre tenía más de 30 trajes y el despacho estaba cargado de carpetas y se le quedaba pequeño, la verdad.

-¡Qué exagerado eres!

-Nena son de verano e invierno.

-Pero tienes camisa para todos.

-Bueno, me gusta la ropa, la verdad.

-Y más zapatos que yo- y él se reía- presumido. Bueno, me voy, a darme una ducha tomar algo y echarme una buena siesta.

-Te acompaño.

-Víctor vivo en la otra calle, cerca, voy sola.

-Bueno, me envías un wasap de que has llegado.

-¿En serio?

-Sí, en serio.

-¡Qué cosas!, tengo 35 años.

-Me da igual, me lo envías.

-¡Está bien!

-Te recojo a las ocho esta noche. Sin chándal.

-Muy gracioso. Hasta luego.

Y al salir por la puerta él le dio otro beso.

-Se va a hacer costumbre- dijo ella.

-Me gustan las costumbres.

-Petardo...

-Te he oído- dijo él y ella le sonrió al entrar al ascensor.

-¡Dios qué guapa estaba!-Pensó Víctor, y se puso duro.

-Ufff Mara, no recuerdo aquél día, pero esto tenemos que solucionarlo.

-Mara se dio una ducha al llegar a su casa y enviarle el WhatsApp. Se tomó un par de montaditos, no tenía mucha gana de comer. Luego merendaría. Y se echó en el sofá y se quedó dormida en segundos. Ese hombre iba a acabar con ella.

Por la noche se puso lo más guapa posible, un vestido por encima de la rodillas, elegante y tacones, un par de anillos, una pulsera y pendientes a juego y su bolso. Se dejó el pelo suelto y maquillaje, perfume y lista.

Cuando llamó a la puerta y ella le abrió...

-¡Joder Mara!. ¡qué guapa mujer! y yo con un simple traje.

-Claro, un traje que te sienta como un guante.

Y él se reía.

-¡Qué mala eres mujer! No estoy bien.

-Demasiado diría yo.

-Es que soy guapo mujer, no puedo evitarlo y me cuido.

-Ya, ya.

-Tú estás preciosa.

-Gracias, vamos a ver dónde me llevas.

-A comer carne asada.

-¡Me encanta!

-Es un restaurante íntimo, te va a gustar.

-¿Está lejos?

-Traigo el coche.

-¡Ah bien!, si no llevamos el mío.

Y él le abrió la puerta al llegar abajo.

¡Menudo coche se gasta el chico! ¡Y qué caballero!

-Siempre lo he sido.

Y ella se le quedó mirando...

-Menos de niñatillo mujer...

-Se perdona.

-Gracias guapa.

Cuando llegaron al restaurante, él le dio las llaves al aparcacoches.

-Con aparcacoches incluido, pero está bonito.

-¿A qué sí?, ven vamos dentro, tengo reserva hecha.

Los sentaron en un rinconcito precioso.

-Me gusta Víctor.

-¿A que sí?

-La decoración me encanta. ¿No tiene poca luz?

-Suficiente para ver la carne, ¿te gusta poco hecha?

-No, muy hecha.

-Bien, mira la carta a ver qué quieres.

-Un solomillo, con patatas y ensalada.

-Yo otro.

-Pedimos unos entrantes.

-¿De qué?

-Algunas gambas o algo así.

-Pide tú, sorpréndeme.

-Intentaré sorprenderte.

-Eso lo has dicho con doble intención.

-¡Ah!, nunca se sabe.

-¡Qué tonto eres!- y Víctor se reía.

-Cerveza, sin.

-¿Nada de vino?

-No, nada.

-Bueno, yo una copa.

Y cuando les trajeron la comida, a ella le encantó todo.

-¡Qué bueno está todo Víctor!

-Sí, me encanta. Este lo descubrí hace un par de años, lleva tres abierto. Un cliente me trajo un día.

-¿Clienta?

-Cliente. Hombre, de los que no me gustan.

-Y ella reía.

-¿Postre?

-Algo de chocolate.

-Pues mus, ¿te parece?

-Me parece y pidió dos mus de chocolate. Al final, les regalaron un chupito de limón.

-¡Qué bueno!

En la cena hablaron del instituto, de la gente, qué estarían haciendo, de este y el otro, se rieron con anécdotas. De trabajo nada decía él y el tema del hijo tampoco quiso sacar nada allí, ya sabía todo.

Salieron a la calle y la llevó a un bar de copas de la avenida.

Allí pidió él un gin tonic y a ella un San Francisco, y se sentaron.

-Me gusta, tiene una música bajita, al menos se puede hablar.

-Sí, es pija, espero que te guste.

-Pero ¡qué bobo eres!- le dio en el hombro y él le echó el brazo por encima y le tocaba el pelo.

-¿Qué haces?

-Me gusta tu pelo.

-¿Estás ligando?

-Lo intento.

-Víctor, no soy de las que juegan.

-Lo sé...

-¿Y qué pretendes?

-Conocer a esta maravillosa mujer en que te has convertido, no tenemos 20 años, no voy a jugar contigo.

-Gracias, ya sufrí bastante.

-¿Por amor?

-Por eso no, eso fue ni un amor de verano, me gustabas.

-¿Ya no?

-Esa pregunta tiene trampa.

-Ven boba.

Y le cogió la cara y la besó.

-Échame las manos por el cuello.

-Víctor...

-Hazlo.

Y ella lo hizo y se miraron y la besó despacito en los labios y luego metió la lengua en su boca y la besó como nadie la había besado, ella intentaba seguir su ritmo y el corazón se le salía por el pecho. La abrazó rozando su pecho y la cintura.

Y cortó el beso.

-¡Joder Mara! Te deseo.

-¿Por qué?

-No busques motivos, te deseo y basta. Me gustas. Eres la madre de mi hijo ¿No te gusto un poquito ahora?

-Siempre me gustaste y me das miedo.

-¿Por qué?, aún no te he comido.

-Por eso precisamente. Mis relaciones cortas no han sido espectaculares incluido tú.

-Vamos, no sigas con eso, ahora tengo 35 años y quiero tenerte. No es malo ¿no?, si tú también lo deseas...

-Lo deseo.

-Pues tómate eso rápido que voy a estallar, llevo más de tres meses sin sexo mujer.

-No te vas a morir por eso.

-Ufff, pero es que tú me pones loco.

Y al cuarto de hora entraban por el apartamento de ella, la acercó a su cuerpo y se quitó la chaqueta. Quería que ella sintiera su miembro y la subió a él.

-¡Joder Mara!, ahora me voy a echar a temblar contigo, ya verás.

Y la besaba una y otra vez y la llevó al dormitorio.

Desapareció toda ropa, vestido, ropas interior y él se desvistió en segundo mientras se besaban.

-¡Dios eres preciosa!

-Y tú estás...

Y Víctor cogió su mano y la llevó a su pene duro y grande.

Y ella temblaba.

-Vamos nena, tócame Mara.

Y ella tocó y lo sintió temblar.

Se tumbaron en la cama y él se metió en sus nalgas y la chupó y la lamió.

-¡Ay dios Víctor!

-¿Qué pasa guapa?

-No sé si lo tendré así... no lo he hecho nunca.

-Lo tendrás- y él se dedicó a que lo tuviera en menos de dos minutos. Y sonrió.

-¡Ay madre mía Víctor, ah dios!...- decía agitada y gimiendo mientras él cogió un preservativo del pantalón y se lo puso.

Mordió sus pezones y ella soltó un gemido de deseo.

-¿Esto tampoco lo han hecho?

-Bueno...

Y cogió sus pechos y los mordía y lamía mientras entraba en su sexo, duro dispuesto.

-¡Aggg dios nena!, está mojado, caliente -y ella lo apremiaba a entrar dentro todo, lo deseaba, escurridizo a moverse en ella, a gemir como eco ambos, a cogerle el trasero y acercarla más a él, a besarla y moverse raudo en ella.

-Sigue Víctor, sí, sigue...

-No te aguanto más Mara, tenlo, nena.

-Sí, sí.

-Voy a correrme Mara -y sintió el calor de ella y se corrió en ella.

-Agg dios mujer... me vas a matar.

Y la besó, se echó a un lado y se quitó el preservativo.

Lo dejó en el suelo y la acercó a su pecho ancho con sus brazos fuertes.

Y ella se metió dentro.

-¡Ufff Mara!

-¿Qué?

-¿Cómo te encuentras?- le decía besándole la frente y retirándole el pelo.

-Es lo mejor que me ha pasado nunca.

-¡Qué sincera eres!

-Sí, a pesar de todo, no tengo por qué mentir contigo.

-Es que soy bueno.

Y ella le daba.

-Vanidoso...

-Para ti, sí, y eso me importa.

-¿Por qué?

-Porque ha sido distinto a todo.

-Eso no lo dices en serio.

-Sí que lo digo, y me gusta enseñarte todo.

-Soy inexperta.

-No has tenido mucho sexo, tú lo has dicho.

-Es verdad.

-¿Por qué te has quedado seria?

-Por eso, por esa razón, porque soy inexperta a mi edad. He estado pendiente de Víctor, nuestro hijo.

-Pues no sé a los demás, para mí es un regalo, me encanta que los seas.

-Vaya, no me digas...

-Te digo, ponte arriba.

Y ella le hizo caso y de nuevo cabalgaron hacia el abismo una y otra vez esa noche.

A veces deprisa, a veces lento. A veces, una vez, ella lo metió en su boca, le lamió y chupó y él se moría en su lengua de escarcha y explotaba como un dulce blanco.

Se dieron una ducha antes de dormir y él aprovechó para hacerlo en la ducha empujándola contra la pared.

-¡Por dios!, mañana no me muevo Víctor, entre esta mañana y esta noche...

-Vamos a dormir guapa que ya no me has dejado nada para nadie.

-Pero qué bobo eres boquerón...

Y él le daba en el trasero.

Cuando se iban a dormir, Víctor le dijo:

-Me gustan tus pezones-pellizcándoselos desde atrás y agarrándola a su cuerpo.

-Ummm- se iba ella quedando dormida.

-Por la mañana Víctor se levantó duro como un palo y la penetró desde atrás.

-¡Ay dios Víctor!

-Es que me levanto así por las mañanas.

-Y te acuestas.

-También.

-¡Ah dios!- y gemía y gemían y tuvieron como Víctor decía: un mañanero.

Después hicieron la cama, él se vistió y desayunaron en casa de ella, que no quiso sino ponerse un vestido de estar por casa y las zapatillas, se hizo una cola en el pelo para estar cómoda. Y preparó el desayuno.

-Tengo que irme, guapa, mirar ese caso que va a matarme, ¡qué ganas de que llegue el viernes!

-Yo también debo repasar algunos casos.

-Te llamo luego.

-Vale-y la cogió, la besó y metió su mano en el vestido.

-Pervertido...

-Es que me pones así. Me voy que si no...

-Vete anda, sí.

-Mara...

-Dime...

-No lo hagas con nadie más.

-¡Ah vale!- decía irónica.

-Eres mía.

-No lo sabía.

-Pues ya lo sabes, si no puedo pasar entre la semana, te llamo.

-Muy bien guapo.

-Chao.

Y cerró la puerta y se echó en ella como una adolescente. Soñando y pensando en la noche que había pasado con el amor de su vida. ¡Quién se lo iba a decir : ella después de 19 años que iba a estar así con él!...

Era fantástico, era tan guapo..., estaba tan bueno, y era divertido, como si la conexión que tenían era de conocerse de toda la vida.

Si se enamoraba de nuevo y la dejaba, lo mataría, desde luego.

Pero le parecía distinto, dejó de ser el niño tonto pijo que era, para convertirse en un hombre trabajador, teniendo en cuenta que estaba solo, que no tenía padres, y ella al menos tenía a su hermana y sobrino y a su cuñado con los que hablaba cada semana y a su hijo.

Pero él estaba verdaderamente solo.

Sintió frío y eso le recordó que era ya octubre en dos días, que iba a cobrar su primera nómina e ir de compras de invierno. El sábado siguiente... o el viernes, ya vería.

CAPÍTULO VI

Las siguientes semanas, él la visitaba a veces entre semana si tenía tiempo hacían el amor, se quedaba a cenar y se iba, otras llevaba la cena o la pedían.

Los fines de semana lo pasaban casi siempre en casa de ella, desde el viernes luego ya se quedaba el domingo hasta la tarde, se llevaba trabajo y ella se reía y le decía:

-Eres un okupa de mi casa.

-Me encanta estar en tu casa contigo, y salimos los sábados. Me gustas tanto chiquilla...

Y Mara lo besaba y se sentaba en sus piernas y la abrazaba y así comenzaban su sesión de sexo hasta saciarse uno de otro.

El domingo oía él las conversaciones que mantenía con Víctor desde la Universidad, ella ponía el altavoz y se emocionaba al oír su voz y cómo la trataba.

-Me encanta la voz y cómo es él nena.

-¿Verdad? Es educado, es nuestro hijo.

Y se abrazaban.

Un domingo, ya cercano a Acción de Gracias, cuando la llamó Víctor desde la Universidad...

-¡Hola cariño!, ¿cómo estás?, tengo ganas de verte mi niño. Ya mismo vienes y quiero verte.

-Por eso te llamo, quiero ir, pero mi padre lo celebra en casa de los padres de Candy y yo no quiero, sabes que no me llevo bien con ellos, que luego van parejas y me siento a un lado. Le he dicho que quiero celebrarlo contigo, si me deja y tú quieres.

-¿De verdad?, pues claro que quiero cielo, si tu padre te deja...

-Me deja, porque voy contigo.

-¡Dios mío qué alegría!, seremos tres.

-¿Te has echado un novio, Mara?

-Pues ni te imaginas, sí, ahí voy, se llama como tú, es de Málaga y trabaja de abogado con tu padre. Estuvo estudiando en Harvard.

-¿De verdad?

-De verdad. Está solo aquí, sus padres murieron y es hijo único. Divorciado. Así que seremos tres.

-Tengo que vigilar si te conviene.

-¡Ay dios mío!, tengo padre en vez de hijo.

-Quiero conocerlo.

-Lo conocerás.

-¿Cuándo vienes?

-El miércoles, pero voy a casa, estaré en la tuya a la hora de la cena. Cuando se vaya mi padre y Candy me dejan en tu casa.

-Muy bien, te haré una cena especial como de Navidad en España.

-Me encantará.

-¿Y qué tal van las clases cielo?

-Muy bien, Mara.

-No fumes nada y tomes nada, cariño.

-Que no.

-Ni hermandades que no te hacen falta. Y eso es una tontería.

-No quiere mi padre.

-Algo en lo que estamos de acuerdo.

-Bueno, te dejo, que me esperan, vamos a dar una vuelta.

-Te quiero mi niño.

-Y yo a ti mami.

-¡Qué guasón eres! Cuídate y me llamas la semana que viene, que la otra ya vienes.

-Sí, un beso.

-Otro para ti.

Cuando volvió Víctor de correr por el parque, porque ella no había tenido ganas de ir, se dio un baño y se puso un chándal.

-Siéntate- le dijo Mara.

-¿Qué pasa nena?

-Ha llamado Víctor.

-¿Ya?, ¿tan pronto?, me lo he perdido.

-Sí, por lo visto iban a dar una vuelta y ha llamado antes, pero... Va a cenar la noche de Acción de Gracias con nosotros, bueno si cenas conmigo.

-¿Con quién mejor voy a cenar preciosa?

-Pues con él también.

-¿En serio?, ¿y por qué no cena en casa?

-Porque cenan en casa de los padres de Candy con otras parejas y él no quiere y le pidió a su padre cenar conmigo.

-Y viene.

-Sí y tú también vendrás y cenaremos en familia.

-Me voy a poner nervioso Mara, si ve el parecido...

-Sólo le he dicho que trabajas con su padre y eres malagueño, pero obviaremos que éramos compañeros de clase, estuvimos en distinto institutos, ¿vale?

-Vale.

-No quiero que sume dos y dos, pero me va a encantar que cenemos juntos.

-¡Joder Mara!, es la primera vez que voy a ver a mi hijo- y la abrazó.

-Te va a encantar conocerlo. Pasaremos una noche estupenda, pero seguro que se queda a dormir.

-Y yo, ¿qué hago?

-Ya veremos, le diré que salimos juntos, bueno, se lo he dicho, así que podrá quedarte.

-Bien.

-¿O no salimos?

-Mara, salimos juntos mujer, si estamos juntos siempre.

-Bueno desde hace unas semanas.

-Suficiente. Ven y me das un besito.

Y la besó, pero eso no fue un beso, la desnudó y entró en ella como un náufrago al salir de una isla, solo que él entraba en ella, en esa isla que ya era suya desde la primera vez, gimiendo y moviéndose como la balsa en las olas hasta llegar a la playa en la espuma blanca.

Cuando estaban en el sofá...

-¿Y si me emociono, nena?

-Te emocionarás porque es tu doble.

-¿Y si se da cuenta?

-No creo que lo haga, él no sabe que es adoptado, cree que le parece a su madre, que era morena como él y de ojos verdes.

-¡Está bien!

-Nos queda poco más de una semana.

-Sí disfrutemos esa noche y el día siguiente por la mañana de nuestro hijo.

-¿Nunca se lo diremos?- dijo Víctor con pena.

-Nunca, mientras viva su padre, Víctor, no le haría daño a ninguno de los dos. En unos años lo verás y trabajarás con él.

-Sí, es cierto.

-Por eso.

-¡Ay mi niña!, creo que me vas a enamorar.

-¿En tan poco tiempo?

-¿Para qué más?, ya no pienso ni en salir.

-Pero debemos, un día a la semana nos viene bien.

-Sí, pero estoy tan bien contigo en casa...

-En mi casa.

-¡Qué boba eres!, ¡qué poco romántica!

-Sabes que no, que lo soy.

-Es verdad, lo eres. Voy a mirar un apartamento en este edificio. A ver si hay mucho más grande y vendes este y vivimos juntos.

-Para que no nos salga bien...

-¿Por qué iba a pasar eso, mujer?

-No sé.

-Se lo digo al portero y cuando salga algo me avisa o a ti.

-¡Está bien!, cerquita mejor, así no tienes que salir.

-Ummm...Mira como estoy otra vez nena, ponte perrito.

-Pero ¡qué loco estás! Tenemos que comer.

-Un poquito antes.

-Y luego en la siesta.

-No que debo dormir al menos una hora, y mirar esta tarde algo del trabajo Ven aquí mi boquerona- y la puso él a cuatro con sus fuertes brazos.

-¡Ay Víctor que eres muy grande!

-Mejor para ti enana.

-Ya hemos ladrado nena- le dijo media hora después- y ella se reía- ya podemos comer.

-Déjame cinco minutos, me lavo y ponemos la mesa- dijo Mara.

Ese domingo había hecho una paella que a Víctor le encantaba. Era su plato favorito, pero era un señorito, de cocina, nada, poner la mesa y recoger sí pero cocinar, no.

-Si es que no tengo tiempo mujer y no sé, ¿qué quieres que haga, basurilla? Yo te ayudo a todo, pero tú la haces- y la cogía por la cintura, la abrazaba y la besaba en el cuello.

-Tengo que casarme contigo sin remedio.

-Sí, apenas llevamos dos meses saliendo.

-Nos conocemos de toda la vida, mi Mara.

-Pero no hemos estado juntos, chiquillo.

-Pero estamos muy bien.

-Eso es cierto, me gusta cómo eres ahora.

-Ya ni me fijo en otras mujeres.

-Faltaría más.

-¿Y tú en otros hombres?

-Estamos saliendo, no puedo con más de uno.

Y él se reía.

-¡Qué bien cocinas!, la paella está buenísima- le dijo cuando estaba comiendo.

-Gracias cielo.

-Nena, de verdad que estoy nervioso porque voy a ver al pequeño.

-No es pequeño, es casi más alto que tú y tiene un buen cuerpo, ¿no ves que ha hecho muy ejercicio?

-Soy un padre joven.

-Lo somos.

-Creo que no hubiésemos estado así, de haberlo tenido los dos en aqué tiempo.

-Seguro que no.

-Pero ahora no lo tenemos.

-Lo tenemos de esa manera Víctor. Y es suficiente.

-Sí, lo es.

Y cuando llego Acción de Gracias, ella había limpiado, comprado, él también Y Víctor, su chico la llamó.

-Mara estoy en casa, iré sobre las seis.

-Muy bien, estamos haciendo la comida.

-¡Qué hambre!, con lo bien que cocinas.

-Te gusta. ¿Qué tal el viaje?

-Muy bien.

-¿Has tenido cuidado con el coche?

-Claro, pero para ir, no lo necesito, estoy enfrente.

-Tengo muchas ganas de verte y Víctor también de conocerte.

-Yo también, a ver cómo es y si te merece- y ella se reía.

-¡Hasta luego Mara!

-¡Hasta luego, mi niño!

Candy estaba contenta de que Víctor no fuese esa noche a cenar con ellos. No soportaba al chico de James y eso que pasaba poco tiempo con él y ahora en la universidad menos. Pero le tenía envidia. Siempre fue un escollo para ella. Era ambiciosa y eso que disfrutaba de todo lo que tenía James, hasta de su casa. Pero era una mujer fría, mental.

Pero ese fin de semana largo iba a ser crucial en la vida de todos.

A las seis ya estaban vestidos Víctor y ella esperando al chico. La mesa puesta. Cuando llamaron al timbre...

Ella fue a abrir y se abrazó a él.

-Mi niño, ¡qué guapo estás! -Y él, le regaló flores.

-Pero ¡cómo eres!, anda, pasa dentro.

-Toma esta tarta de parte de mi padre y mía.

-¿Se ha ido?

-Sí, me dejó abajo- me dijo que te saludara, tú ya sabes, Candy...

-No importa, pasa, voy a dejar las flores y la tarta y te presento.

-Ahora las pongo en agua.

-Mira Víctor. Víctor- y se rieron.

-Encantado de conocerte, chico.

-Igual digo, ¿eres de Marbella también?

-Sí, aunque no conocía a Mara hasta ahora que la vi un día en la cafetería comiendo.

-¡Qué casualidad!

-Sí, es verdad. Ven siéntate y nos conocemos- y se sentaron en el sofá mientras Mara metía la tarta en la nevera y las flores en agua.

Los oía hablar de que él se vino a estudiar a Harvard, con una beca de fútbol y que sus padres murieron, que era divorciado y que ahora salía con Mara desde hacía casi dos meses.

-Es la mejor del mundo- le decía Víctor.

-Sí que lo es.

-Espero que la respetes como se merece- y Víctor sonrió cuando vio a ese cachorro defender a su verdadera madre sin saberlo.

-La haré feliz, no te preocupes.

-Eso espero.

-Bueno ¿y qué tal? ¿te gusta la universidad?

Y ella fue a sentarse al lado de su hijo y se cogían las manos como siempre.

-Me gusta, hay buenos profesores, no estoy en hermandades, mi padre me mataría. ¿Tú estuviste?- le preguntaba su hijo.

-No, tampoco quise recibir normas y tonterías de ningún chico. No soy de obedecer tontadas.

-Eso me pasa a mí.

-¿Has hecho amigos?

-Sí, a Logan, de Nueva York.

-¿Y ha venido?

-Sí, tiene su coche, pero no vamos a vernos, son pocos días y volvemos el domingo.

-¿Necesitas ropa?

-Tengo alguna. Pero iré con mi padre pasado mañana sábado a comprar lo que me falte.

-Muy bien. ¿Comemos?, ¿tienes hambre?

-Sí, la verdad.

-Pues venga.

-La ayudamos a poner la comida-dijo el padre.

-Mara, te has pasado- le dijo su hijo.

-Ella siempre es exagerada como los andaluces- decía con ironía Víctor.

-Sí, ¿te contó que estuve en verano de vacaciones?

-Sí, me lo ha contado, no para de hablar de ti- y su hijo se reía.

-Me gusta el jamón y cogía del plato que Mara había puesto.

-Es lo mejor -y el padre cogió otra loncha y se rieron.

-Es muy bonita, la comida me encanta, con aceite de oliva.

-Sí, al menos el fin de semana como aquí, con aceite de oliva.

Lo cierto es que hablaron de todo y lo pasaron estupendamente, cuando recogieron todo, pusieron las tartas y el café y en ese momento sonó el móvil de su hijo.

-Es de Candy, ¡qué raro!

-Hola Candy, dime...

-¿Qué?, ¿qué le ha pasado?

-¿Qué pasa?- dijo Mara.

-Vamos para allá ahora mismo. Mara tienes que llevarme al hospital Mount Sinai, mi padre se ha desvanecido y lo llevan en una ambulancia.

-¡Por dios!, venga, ponte los abrigos y vamos. Cojo el bolso y guardo la tarta.

Dejaron todo cerrado y se fueron en el coche de ella.

-¿Qué le habrá pasado Mara?-decía su hijo por el camino preocupado y nervioso.

-No sé cariño, a lo mejor se ha mareado, el calor, si ha tomado una copa...

-¿Tus abuelos siguen en Florida?- Le pregunto el padre.

-Sí, tenían cena, hablé con ellos antes de ir a casa de Mara, pero son mayores tienen 80 y 82 años mi abuelo y no está bien del corazón.

-No le diremos nada hasta saber algo, quizá no sea nada Víctor.

Y cuando llegaron, aparcaron y entraron corriendo a la sala de espera.

Allí estaba Candy, sus padres y otras parejas.

Candy no estaba llorando, se retorció las manos.

Y Víctor se fue hacia ella.

-¿Qué pasa Candy?, ¿qué le ha pasado a mi padre.

-Creo que ha sido un infarto.

-¿Un infarto?, pero, ¿dónde está?

-Intentando operarlo. No lo sé, lo metieron dentro, no sabemos nada hasta que salgan.

-¡Joder Mara! -y se abrazó a ella.

-Vamos a sentarnos hijo, vamos a esperar.

Tardaban y las parejas se fueron junto con los padres de Candy que eran mayores también y se quedaron solos con Candy.

Ésta ni se inmutaba.

A las doce de la noche apareció el doctor y ella lo supo inmediatamente que su hijo se quedaba sin un padre.

Cuando dijo no con la cabeza el doctor, todos sabían que no lo había superado. Y Víctor se echó a llorar y ella también. Candy ni una lágrima, preguntaba y preguntaba.

Víctor padre se hizo cargo de todo, su hijo le dio las llaves y fue a casa de Víctor a por el seguro de decesos. Su hijo sabía dónde guardaba su padre todo se lo había dicho, le dijo el número de la alarma y en tres cuartos de hora estaba allí de nuevo con el seguro.

Candy pagó todo con su tarjeta, Víctor llamó al seguro, recogieron el certificado de defunción y a las tres de la mañana ya estaba en el tanatorio de hospital.

Mara se encargó de llamar a sus padres a Florida, pero no estaban en condiciones de viajar, aparte de que el padre estaba enfermo y la abuela dijo que ni se lo iba a decir. La mujer lloraba y lloraba por su único hijo y Mara tuvo que decirle que no había sufrido y que no se preocupara, que estaban ellos haciendo todas las gestiones, que su nieto estaba bien.

Sin embargo, el chico no estaba bien, quien le quedaba en la vida era solo Mara, sabía que Candy no era nada para él y que desaparecería de su vida antes de lo previsto.

Se abrazaba a Mara y lloraban ambos, mientras Víctor gestionaba todo. El hijo, quiso junto con Candy que fuera incinerado, quería que si le pasaba algo echaran las cenizas al río junto con las de Natalie, su primera mujer.

Víctor se encargó de llamar a los compañeros del bufete y a la gente que James conocía para la misa del sábado, antes de la incineración. Todo el mundo se quedó de piedra, pues James, era un hombre joven, no había cumplido los 55 años y Víctor de negro y Candy igual, recibieron a las personas que se acercaron al tanatorio el sábado.

Cuando todo acabó, Víctor y Mara lo acompañaron a casa y allí estaba Candy recogiendo sus cosas.

-¿Pero te vas Candy?- le preguntó Mara.

-Sí, no puedo estar aquí, ahora vienen unos amigos y me ayudan a llevarme el equipaje y lo que tengo en el despacho. El lunes llamamos al notario y quedamos para el martes y terminamos con todo. Supongo que tú Víctor irás a la universidad y Mara se ocupará de ti.

-No te preocupes Candy, -le dijo Mara,-yo me ocupo de él.

-Gracias Mara, tú siempre has sido una madre para él.

Y en media hora, había sacado todo lo suyo de la casa.

-Anda hijo, date una ducha y te pones cómodo, Víctor irá a casa enfrente y se trae comida, que tenemos.

-¿Estás bien hijo?-Le dijo el padre.

-Sí, Víctor, voy a ducharme y me pongo cómodo, estoy agotado.

Y se metió en su suite.

Y el padre y ella se abrazaron.

-Es nuestro, Víctor y tenemos que cuidarlo.

-Lo haremos cielo. Me doy una ducha, me pongo cómodo y me traigo la comida, ¿quieres algo?

-Sí, en una bolsa me traes un chándal, algo de ropa interior y una bolsa de aseo, lo que veas, las zapatillas. Estaremos cómodos. Trae el chándal negro.

-Bien, intentaremos encontrar el testamento de él y algunos documentos y ver qué quiere hacer con el bufete, cuando descanse.

-Eso después.

-Muy bien, ahora vengo.

Y la abrazó y le dio un beso.

Pobre, no había parado un segundo. Ni dormido.

Y cuando vino, su hijo estaba dormido en el sofá.

-Vale, me echo en el otro sofá, estoy muerto.

-Voy a ducharme yo también, Víctor.

-Vale cielo, luego comemos.

-Voy a guardar la comida y ahora vengo- dijo ella.

Y guardó la comida y se metió en la suite, se dio una buena ducha, se lavó y se secó el pelo, se puso el chándal y cuando salió al salón, estaban dormidos. Echó las cortinas y ella también se quitó las zapatillas y se echó en el otro sofá.

Cuando despertaron eran las tres de la tarde y estuvieron comiendo.

-Víctor - le dijo el chico.

-Dime hijo...

-Quiero que lleves tú el bufete de mi padre.

-¿Yo?

-No conozco a nadie y si Mara confía en ti, yo también.

-Lo llevaré si quieres, miraré las cuentas y te daré todos los informes, que me lo pase el contable, cómo lo hacía tu padre, pero hasta que acabes el máster, te incorpores y te enseñe. Yo tengo que ponerme al día de lo que hacía tu padre y pasarle mis casos a otro penalista, si es lo que deseas.

-Es lo que quiero, sí.

-Pues nada, el lunes llamamos al notario y me paso por la empresa, te viene conmigo y vemos qué hay de capital y hablamos con el contable si te parece.

-Me parece.

-Bien, ocuparé el despacho de tu padre y trabajaré al menos una semana con la secretaria para llevar todo en orden. ¿Sabes si tu padre tenía testamento en casa?

-Sí, ahora cuando comamos saco todos los documentos.

-Vale, el echamos un vistazo y si no ha cambiado nada, cuando lleguemos a notario, cumpliremos su voluntad.

-Gracias Víctor.

-De nada, hijo.

Cuando acabaron, el chico fue a por una carpeta de documentos y María recogió la mesa, puso un lavavajillas. Hizo café y ellos se sentaron en la mesita baja del salón.

-A ver. Le deja dos millones de dólares a Candy, nada más.

-La casa era de mi padre.

-Ahora es tuya. Pero si quieres venirte con nosotros las señoras de la limpieza que le den una vez al mes solo, ya no las necesitamos, Víctor, te quedas en casa hasta que acabes la universidad o quieras pasar alguna noche solo.

-Sí, eso haremos.

-Cuando acabes tienes un gran apartamento, lo reformas y quitas esa suite.

-Es lo primero que haré, sí.

-Pues eso listo, que el banco se cobre los suministros y llamamos una vez a mes a dos chicas que limpien, ¿te parece?

-Sí.

-Pues eso a la cuenta de tu padre, que tenemos que quitarlo, aquí llevo el certificado de defunción y se pone a tu nombre.

-Está puesta a nombre de los dos.

-Pues lo quitamos y se queda a tu nombre. Eliminamos su tarjeta. El banco le pasará dos millones a Candy y está fuera de tu vida. Luego el banco te pasará a tu cuenta y a la de tus abuelos, la misma cantidad que estáis recibiendo a mes.

-Sí, eso sí.

-Es mensual. Si necesitas más, la subimos.

-De momento tengo y me sobra.

-Bueno, por si algún mes necesitas más.

-En agosto me ingresan tres veces más para libros y lo que necesite.

-Así se queda si te parece. Y ahora tienes 10 millones.

-¿Todo eso?

-Sí, ahí parece que tu padre ingresaba las ganancias a primeros de año después de pagar todo. Tenía junto todo. Lo dejamos así.

-Sí, como lo tenía.

-Pues cerramos sus tarjetas y yo me quedo con una para ingresarte la ganancias y para pagar, pero en esta otra cuenta de la empresa. Tiene 4 millones, que parece que deja cada año. Lo seguiré dejando y las ganancias : la de diez, que estará solo a tu nombre, ¿te vale así?

-Sí, tu manejas los cuatro y lo que haya en la empresa.

-Pues ya está todo. Si hemos hecho los deberes, el notario y el abogado tendrán que hacer poco, solo necesito saber gestionar el bufete. Guarda eso para el martes, el lunes llamamos. Dame el móvil para llamarlo.

Y se guardó el móvil del notario en el suyo.

-¿Todo listo?- dijo Mara.

-Sí, Mara, Víctor va a llevar le bufete hasta que termine la carrera y me enseñe a llevarlo.

-Me parece bien.

-Duérmete otro rato si estás cansado.

-Prefiero dar un paseo.

-Pues venga, que nos dé el aire un poco, vamos, ponte un chaquetón que haga fresco.

Y salieron los tres a dar un paseo.

El domingo durmieron hasta tarde y dieron otro paseo y echaron una buena siesta.

Su hijo debía quedarse unos días hasta firmar todo.

Y así como ellos lo gestionaron se hizo y el jueves se fue de nuevo triste a la universidad, había hablado con su abuela y Mara lo abrazó fuerte antes de irse

-Ten cuidado, ¿quieres que te lleve Víctor y se viene en tren?

-No, Mara, puedo ir solo.

-Pues nos avisas al llegar ¿vale?

-Vale.

-Cuídate mi niño y llama siempre que lo necesites, no estás solo, nos tienes a los dos.

-Te quiero Mara.

-Y yo a ti mi niño.

Y abrazó también a Víctor, que se quedó preocupado. No poder decirle en eso:

CAPÍTULO VII

Seguían hablando todos los domingos, Víctor se hizo con el control del bufete por fin. Tenía mucho trabajo, pero menos estrés, y menos peligro, debía reconocerlo.

Y encontró un apartamento en el edificio de ella.

Fueron a verlo.

-No está reformado, nena.

-Víctor, pero tiene cinco dormitorios, eres un exagerado, costará un pastón, la obra y demás.

El portero le dijo el precio y él dijo que sí.

-¿Te gusta?

-Me encanta, y le iba diciendo cómo poner las cosas.

-¿Vendes el tuyo y lo compramos juntos?

-¿En serio?

-Sí, tenemos un hijo y yo no quiero a otra mujer, te quiero, nena.

-¿Me quieres?

-Te quiero, aunque llevemos poco tiempo saliendo, es una tontería vivir a lado en dos apartamentos. Este es grande, tú lo diseñas, cuando esté listo vendes el tuyo y este es de los dos. ¿Qué me dices?

-Que sí, si me dejas ponerlo a mi manera.

-Eso está hecho, además tienes las tardes tú más cortas para hacerlo y elegir hasta los muebles. Yo solo quiero que el despacho sea grande, para los dos juntitos. Y una gran cama. El resto es tuyo.

-Podemos quitar la habitación pequeña y hacer un gran despacho, luego con cuatro dormitorios tenemos, si luego Víctor se irá a su apartamento cuando vuelva. Y nos quedará uno de invitados.

-Me parece bien. Un gran despacho es lo que pido.

Y aseo al lado y dejaré el vestidor como si fuese un armario para los archivos aunque pongamos estantes fuera también.

-Eso me gusta.

-Ya verás...

Ya verás que lo compraron, que el vendió el suyo antes de Navidad y estaba de obras.

Pero en Navidad eso sí, lo dejaron esos días los obreros, vino su hijo y le pasaron en familia, algo tristes, pero ella no dejó de poner el árbol y el Belén que tanto les gustaba.

Al chico le encanto el apartamento, aunque estaban de reformas y no se veía nada. Todo manga por hombro.

Pero a finales de febrero entraban en su nuevo apartamento. A Víctor le encantó, todo, la decoración, el despacho completo, enorme, todas las habitaciones con baño, la de ellos doble y doble baño, esa cama tan grande los muebles claros el color gris, blanco y negro y azul, todo era perfecto alarma wifi, canales de televisión calefacción y aire centralizado, de lujo era ese apartamento, los suelos, todo, y se llevaron a la chica de la casa de James para trabajar en ella. Era ya demasiado para llevar ella sola ese apartamento y Víctor no quiso.

Así tenía los fines de semana libres y su gym, dejaba la compra y el tinte para Marie. Y lo que quería de cena y la lista de la compra.

Y Marie era excelente. Luego iba un fin de semana al mes con su hija a casa de James. Y dejaban limpia la casa. Y se le pagaba.

Mara vendió su apartamento, hicieron cuentas y pagaron todo a medias, Mara no quiso el dinero junto con el de él, porque él tenía más que ella. Así ponían un fijo al mes y pagaban todo. Y se guardaban sus sueldos.

Dos plazas de garaje compradas y algún fin de semana fueron a ver a Víctor a Cambridge y a las cataratas que ella aún ni las conocía.

Era feliz con Víctor.

Nunca pensó ser tan feliz. Aunque le pesaba que su hijo se sintiera solo cuando no lo estaba.

Y de nuevo, la muerte rondó las vacaciones de primavera.

Tuvieron que ir a Florida porque sus abuelos se los encontró muertos la asistente.

Según todos los indicios, murieron con horas de diferencia, primero el abuelo y ella no lo superó.

Hicieron su entierro incinerándolos. Vendieron la casa rápido en esa semana y volvieron al río a tirar las cenizas.

El dinero fue a la cuenta de Víctor.

-¿Cariño cómo ha ido?, -dijo Mara que no pudo ir, solo el padre y el hijo.

-Bien, Víctor me ha ayudado a todo.

-Es como tu padre.

-Sí, lo es.

-¿Cómo estás, cariño?

-Algo triste, aunque no tenía mucho contacto con ellos.

-Cielo, siempre te aislaron todos un poco.

-Sí, Mara ¿por qué?, ¿es que no me querían?

-Te querían a su modo, pero no eran gente que demostraran cariño, ni amor eran más mentales que nosotros. Nosotros abrazamos y demostramos el amor que nos tenemos y a ellos les costaba.

-Sí, será eso.

-Ahora tienes que volver y terminar bien ese curso horrible y descansaremos en la playa en vacaciones.

-Mara...

-Dime cielo...

-Me encanta este piso y mi cuarto.

-Te hemos dejado un despacho para ti, al lado de tu dormitorio, y para que veas la tele o videos o lo que quieras.

-Gracias, es precioso.

-¿No vas a tu casa?

-En verano.

-Muy bien. Vamos a comprarte ropa antes de irte.

-Sí, pero con Víctor.

-Vaya, me echan...

Y el chico se reía.

-Es que él sabe Mara.

-Es un presumido de cuidado. ¡Está bien!, iré por mi cuenta. A por la mía.

Y Víctor la abrazaba.

-Te quiero, lo sabes.

-Claro que lo sé. Anda luego vais a comprar, que mañana te vas. Yo iré también. Comemos antes.

Y así terminó ese primer curso maldito. Y vino en vacaciones.

Víctor y ella habían pedido el mes de julio para llevarlo a California y a San Francisco, a la playa y a ver la ciudad tan bonita.

Ya llevaba Mara tres meses sin que le viniera la regla y era algo que le preocupaba a sus 36 años tendría un hijo de nuevo y del mismo padre que el primero 19 años después. Sabía que Víctor quería, se lo dijo un día, pero a ella le iba a pesar después de tantos años.

Antes de las vacaciones había pasado por la ginecóloga y le había dicho que estaba de tres meses. De principios de abril, así que tendría a su nuevo bebé en febrero. Con todo el frío.

Ese verano saldrían todos los secretos a la luz, estaba cansada, harta. Menos mal que en el embarazo no tenía náuseas, ni vómitos, se sentía perfectamente y la ginecóloga le dijo que estaba bien, en forma, la analítica que le hizo salió

perfecta. Tenía que cuidarse y volver después de las vacaciones, en agosto y ahí probablemente supiera el sexo del bebé.

Ya tenían que quitar una de las habitaciones de invitados para el bebé. A veces cómo se tomaban todos la nueva llegada. Pero ella tenía miedo. Aunque su trabajo le permitía estar tranquila, ya verían que hacían, porque si juntaba las vacaciones con la maternidad, el bebé tendría cinco meses, sería mayorcito y iría a la guardería. Y podía recogerlo al salir. Solo necesitaría una chica los dos primeros o tres meses. Nada más.

Cuando vino Víctor de las vacaciones, descansaron unos días.

Venía cargado de libros que dejó en el despacho que le pusieron, pasó por casa de sus padres, pero no quería quedarse.

Estaban todos de vacaciones y se iban en avión en unos días. Allí Víctor alquilaría un coche para ir a San Francisco y de ahí volvían.

Prepararon las maletas.

Todos necesitaban unas vacaciones ya.

A Víctor hijo, le encantaron las playas. Los primeros días lo pasaron bien, de compras, de playa, paseos y piscina, luego había animación en el hotel frente a la playa que reservó el padre, con dos habitaciones, una al lado de otra.

Y una de las noches que estaban sentados en la terraza de la habitación del hotel de ellos, pues el hijo tenía una al lado...

-¡Qué bien se está!, qué playa más maravillosa- decía Mara, -me encanta el ruido, como cuando estaba en Marbella en esa casita pequeña de mis padres mi habitación daba también al mar y me quedaba horas mirándolo.

-¡Que romántica eres cariño!- le decía Víctor.

-Sí, eso siempre.

-¿Qué piensas hijo?- le dijo el padre a su hijo.

-En mi padre, a pesar de ser un poco despegado, no tengo familia.

-No digas eso, cielo- le dijo Mara.

-Bueno, eres como la madre que nunca tuve.

-¿Quieres oír una historia? Se envalentonó ella y Víctor la miró.

Y Víctor padre también la miró y supo que iba a contarle la verdad. Y podía perderlo.

-Siempre me han gustado tus historias.

-Pues esta, ya verás. Conoces a mi hermana y sabes que no éramos hermana ni de padre ni de madre.

-Sí, todo eso me lo contaste en Marbella.

-Bueno, pues cuando murió mi madre dos años antes de salir del instituto, me quedé embarazada, tenía 17 años recién cumplidos.

-¿En serio Mara?

-Sí, y tan en serio, fue a principios del penúltimo curso. Conocía de principio del instituto a un chico, era guapo, moreno, alto, con el pelo un poco largo y los ojos verdes. A todas las chicas nos gustaba, sabía muy bien jugar al fútbol.

-¿No serás tú Víctor?

-Lo era.

-¿Entonces ibas al mismo instituto?

-Sí, allí nos conocimos.

-No en Nueva York.

-No, no en Nueva York, en el instituto en Marbella. Fuimos a una discoteca a empezar el curso para celebrarlo y yo bebí, que nunca bebo, Víctor también y salimos a la calle, y me habló, me besó y lo hicimos en la parte trasera de un coche nuevo que le habían regalado. Sus padres eran ricos.

-Pero murieron...

-Sí, al año, se divorció. Eso fue mucho después. Como te contaba, me quedé embarazada de él y nunca ha recordado haberse acostado aquella noche conmigo.

-Víctor...

-Sí, hijo, no la recuerdo, iría muy bebido.

-¿Y tuviste un hijo de él?

-Sí, tuvimos un hijo, aunque él lo negaba. Lo tuve al finalizar el curso, lo cual me vino bien. Mi hermana Cora, había empezado a trabajar, no teníamos mucho, su padre se había llevado la mitad del dinero y ella ganaba poco y yo le había prometido a mi madre en su lecho de muerte hacer psicología. Pero no podía criar a un hijo y estudiar, no teníamos dinero. Cora salía con un chico y quería irse en cuanto yo entrara a la universidad, y fuese mayor de edad ayudarme económicamente porque la casa era mía, de mis padres. Y lo que mejor decidimos es darlo en adopción. Me costó una vida hacerlo.

-Es duro...

-Yo haría la carrera y el último año de instituto, con beca, estudiaría mucho e iría a por mi hijo cuando fuese mayor de edad. No hubo un día en que no pensara en él, ni llorara por no habérmelo quedado, me arrepentí mil veces.

-Pero si no podías Mara... ¿Y dónde está, lo sabes?

-Sí que lo sé, Jaime conocía a James Smith y Natalie Smith de Nueva York que no podían tener hijos.

-¿Mis padres?

-Sí, tus padres.

-Nunca me dijeron ni ellos ni mis abuelos que era adoptado.

-Ahora lo sabes, eres mi hijo, por eso sabía con quién estabas, dónde te llevaban y eran ricos, te darían una buena vida, pero después supe que amor... amor, no te dieron precisamente.

Por la cabeza del chico pasaron mis sensaciones, por su corazón mis emociones.

-Pero eres mi madre... Y tú mi padre- los miró a los dos sorprendidos.

-Lo somos.

-¡Joder!

-Espera que termine, tú luego decides qué hacer.

-Yo acabé todo y trabajé tres años en un bufete de psicólogos en Marbella. Cuando un sábado vino mi hermana que ya se habían casado y tenían a m

sobrino. Y le pregunté qué le pasaba. Me dijo que tu madre había muerto y que tu padre buscaba una Nani porque se iba la anterior. Y quería una chica interna que supiera bien el idioma para que fueses bilingüe del todo. Jaime le dijo que la hermana de su mujer a lo mejor quería que era psicóloga.

-¿Pero mi padre nunca supo que tú eras mi madre?

-No cielo, creía que era de la cliente de Jaime.

-Vale.

-Y yo dije sí, vendí la casita y me fui contigo.

-Pero has estado ocho años sin trabajar...

-Ahora lo hago. No podía elegir, te quería. Tenías diez años y cuando te vi tuve que cambiarte, darte amor, hasta comida diferente.

-Sí, tú has sido mi madre siempre. Ahora lo entiendo todo.

-Encontrarme con tu padre sí fue fortuito, perdimos el contacto al acabar el instituto, él siempre quiso estudiar en Harvard, con beca de fútbol, y fue el primero de su promoción y el bufete de tu padre lo fichó, y nos encontramos un mediodía, yo estaba comiendo y entró y nos reencontramos y desde entonces, no nos hemos separado. Hemos sufrido, no pensábamos hacerte años ni decirte nada, solo quererte en la sombra.

-Pero ahora no hay sombras para que sepas que te queremos, te amamos y que eres nuestro hijo. Somos una familia, aunque tu tengas todo lo de tu padre, lo sabes. Víctor, yo, tu padre te lo administrará bien. Puedes estar en casa hasta que quieras. Bueno, cuando tengas chicas seguro te vas. Tienes un buen apartamento enfrente- le dijo su padre.

-Y eso es todo hijo, espero que me perdones, hice lo que pude, era joven, era ingenua.

-Mama, eras preciosa y lo sigues siendo y nunca podría querer a una madre más que a ti.

Y Mara se echó a llorar.

-Perdóname hijo.

-Pero no tengo nada que perdonarte, darte las gracias por tu sacrificio y querermelo como me quieres y te quiero.

-Víctor también se emocionaba.

-Tú también has sido un padre desde que te conozco.

Y se abrazaron los tres.

-Os quiero.

-Somos una familia, así que no vuelvas a decir que estás solo y no tienes a nadie. Porque tienes a tus verdaderos padres.

-Los tengo, ¡jolin! los tengo.

-Los tienes y te quieren.

-Bueno, tengo que decir algo más.

-Cielo, -decía el padre,- es mucho para una noche.

-Sí, pero hay que decirlo. Estoy embarazada de tres meses.

-¿Cómo?

-¿Qué?- decía su hijo.

-Que vamos a ser papás de nuevo y tengo miedo y tú tendrás un hermano o hermana para no quedarte solo cuando faltemos y lo cuidarás.

-¡Madre mía!

-En agosto, a la vuelta, quizá sepamos el sexo.

-Mamá eres joven, pero va a parecer mi hijo o hija- y se reía.

Y se rieron.

-Nena te quiero- y la besaba.

-Seremos cuatro.

-Sí seremos cuatro.

-Mamá no más sorpresas de esas.

-No, ahora que la vida nos depare la felicidad escondida que hemos tenido.

-¡Ah dios mamá! tienes que cuidarte.

-Lo haré, no te preocupes. Lo que tengamos tú le pondrás el nombre que quieras.

-¿De verdad?

-De verdad, va a ser tu hermano o hermana.

Esa noche tardaron todos en dormirse, cada uno por una emoción distinta.

Ellos abrazados.

-Nos quiere, Mara.

-Somos sus padres y me he liberado.

-No sé de eso ¿te has quedado a gusto?

-Y ahora tengo miedo de tener otro.

-Mujer que somos jóvenes, no seas boba, que tenemos 36 años cuando nazca.

-Es cierto.

-Pues durmamos. Ha sido una larga noche cargada de emociones.

-¿Hoy no quieres?

-Siempre quiero, pero como ha sido...

-Déjate de tonterías, te necesito boquerón.

-A tus órdenes mi capitana.

-¡Qué bobo!

-Despacito.

-No le pasará nada, no empieces.

-Sí que voy a empezar esto y a terminarlo.

Y se metió en su nalgas despacio y ella se moría de placer.

Le encantaba Víctor cuando le hacía cualquier cosa, ella se ponía caliente ardiendo. Tardó poco en tener su orgasmo y el entró libre como el viento en

ella.

-Ufff, Mara, esto es distinto.

-Sí que lo será. Ay dios, Víctor.

-¡Qué mi amor?

-No te voy a aguantar mucho, no seas tan lento.

Y él la llevaba rápido por callejones oscuros de placer y el clímax fue a unísono y brutal.

-Madre mía, Mara. Sin nada la primera vez...

-Habrá más veces, porque te harás tú una vasectomía, que no puedo toma pastillas.

-Me la haré si siento esto cada vez. Y además ya no queremos más chicos.

-No, da igual lo que sea.

Y la abrazaba.

-Pero quiero una princesa.

-Pues no dices que te da igual...

-Con la boca chica.

Y la besaba y pellizcaba sus pezones.

Se te están poniendo una tetas y unos pezones que no veas.

-Sí, ahora empiezan.

-Me volverás loco como un perrillo tras de ti a todas horas.

Y así fue.

A todas horas quería hacerle el amor y cuando los fines de semana Víctor salía con su amigo por Manhattan a dar una vuelta y tomar algo o al cine.

Él la cogía donde estuviese, en el baño, en la cocina, cogiendo algo de la nevera y entraba en ella sin aliento, penetrándola como un loco, sacaba su pechos y los pellizcaba mientras la penetraba una y otra vez y gemían. Y en la

ducha igual a veces la ponía contra la pared de espaldas y sacaba sus caderas y otras la subía a las suyas.

O ella le hacía una mamada de las que le encantaba a él, chupándolo y lamiéndolo hasta hacerlo explotar.

El embarazo fue demasiado sensual y sexual.

Y supieron que iba a tener una niña, una princesa para su padre, antes de que Víctor se fuese a la universidad el segundo año.

Víctor lo llevo y se vino en tren, lo dejó dispuesto y organizado todo y con su compañero y amigo de Manhattan.

Y cuando vino se dedicaba a ella cada segundo que tenían.

-Víctor por favor, que la niña nos va a salir sexual que no veas.

-Es que te veo con ese vestido y ese escote y me pones. Ven abre las piernas y siéntate encima.

Y ella se sentaba encima de él en la silla y le apartaba el tanga, le bajaba la camiseta y entraba en ella mordiendo sus pezones y aquello era un no parar sexo, sexo, y sexo.

-¡Madre mía!, ese hombre no tenía fin, lo de hacerlo sin nada había subido su libido.

Estaban pendiente de ella tanto el padre como el hijo...

Y así llegó de nuevo otro Acción de gracias, Otra Navidad y tuvo a su pequeña Victoria, nombre elegido por su hijo, porque decía que había sido una Victoria llegar a ese momento, una victoria de su madre hacía él. Y ella se emocionó tenía tres con el mismo nombre, el padre y los dos hijos y se reía.

En Navidades fue cuando antes de nacer Victoria cambiaron el dormitorio entero con todo, porque Víctor quería participar en todo lo de su hermana, así que prepararon Navidad y habitación de la chica.

Nadie estaba más contento que su hermano.

Y cuando la madre lo tuvo, fue a Nueva York a verla. Y lloró cuando la tuvo en brazos tan pequeña. Y juró que la protegería como su madre hizo con él.

Adoraba a su hermana y quería que su madre le enviara a diario fotos.

Mara se recuperó muy bien del parto, Víctor el padre estaba loco con su princesa y su hijo, le encantaba ese trabajo, aunque sabía que, en unos años volvería al juzgado y sería el trabajo de su hijo.

Por su parte Mara tuvo su maternidad hasta finales de julio. Ese año fueron de vacaciones de nuevo a la playa, porque no querían viajar mucho con la pequeña.

Y ese verano, fueron padre e hijo a elegir un anillo de compromiso para su madre.

El hijo estaba entusiasmado. Y prepararon una boda veloz en agosto, antes de irse el chico a la Universidad.

Ella estaba loca con tanta cosa, pero ellos se encargaron de casi todo con una organizadora.

Hasta le pagaron el pasaje a su hermana, su cuñado y sobrino y fue una boda preciosa, la gente de sus trabajos, su corta familia y su hijo y su hermana fueron los padrinos.

Mara estaba preciosa, radiante. Había cumplido el sueño de casarse con el hombre que siempre había amado. Tenía a sus hijos a pesar de las muertes y a su hermana y cuñado queridos, a su pequeña y a su sobrino al que siempre adoró.

Cuando todo acabó y se fue su hermana, ella lloró emocionada en el aeropuerto. No tenían viaje de novios, pero ya lo harían el año siguiente. Irían a Marbella, ya que la pequeña estaría más mayorcita.

Y a la vuelta al trabajo, sufrió un poco por dejarla en la guardería, pero la niña se acostumbró bien, era una niña tan buena...

Y pasaron los años...

CAPÍTULO VIII

Y a los 24 años, estaban en la graduación del máster de Víctor en Harvard.

Víctor padre y Mara con casi 41 años, su pequeña Victoria, como su marido y su hijo, con cuatro añitos que adoraba a su hermano y Víctor, un hombre ya con 24 años.

Era el orgullo de sus padres. Había terminado sus estudios con buenas notas. Era un buen chico y ejemplar. Lo habían educado esos años en valores y imitaba a su padre en todo. Claro que, si Victoria era su princesa, su hijo era inseparable. Uña y carne ambos. Mara se quejaba de que lo quería más a él que a ella.

-No mamá, tú siempre serás la primera, pero es que papá es un hombre.

-¡Ah bien!, mira que machista...

-No digas tonterías, si te quiero un montón.

A la vuelta, se fue con su amigo Logan de vacaciones a Europa y eso lo preocupó, pero ellos fueron a Marbella a ver a su hermana Cora y a su cuñado y sobrino. Y allí estuvieron en la playa, en la costa y dando una vuelta por algunos pueblos típicos.

Casi volvieron a la misma vez a Nueva York.

Y ya había que tomar decisiones con respecto al bufete.

-Papá- le dijo Víctor.

-Dime hijo.

-Yo no quiero ser director aún.

-¿Por qué?- se sorprendió Víctor.

-Me gusta ir al juzgado, soy joven, tú llevas esto bien, ya me enseñarás, pero de momento quiero que contrates a Logan, mi amigo. Es penalista y yo también.

-No te preocupes, lo contrato, le buscamos un despacho, siempre estamos copados, la verdad.

-Gracias.

-¿Entonces quieres trabajar de abogado y dejarme al cargo?

-Sí, eso quiero, unos años, me gustaría.

-¡Está bien!, pero recibes órdenes, no vas a ser distinto.

-No lo pretendo.

-¿En vez de que yo las reciba?- se reían.

-Estoy acostumbrado- Le dijo el hijo, y Víctor se reía.

-Pues nada. Empezáis en septiembre y descansad en agosto.

-Perfecto, nos ponemos al día y quiero reformar el apartamento de mis padres.

-¿Quieres vivir solo ya?

-Sí, deja el despacho de casa para Victoria, más pequeñito y sus juguetes. Algún día me quedará a dormir, pero ya es hora de vivir solo.

-Tu habitación siempre será tuya en casa.

-Pero quiero reformarla, quitar esa suite como dice mamá y vivir solo. Si salgo con chicas...

-Bueno, estás al lado, puedes cenar con nosotros alguna vez.

-Tengo dinero papá.

-Vale. ¿Cómo vas a hacerlo?

-Me apañaré con mi sueldo y me gastaré de la cuenta en reformarlo.

-¡Está bien!, cuida tu dinero. La reforma no es pequeña, el piso es muy grande.

-Sí, pero tengo ideas.

-Vale, tuyo es.

-Mañana llamo al constructor, a ver si para Acción de Gracias estoy listo. Mientras, quiero comprarme ropa, trajes y accesorios.

-Muy bien, es tu dinero y te hará falta para el trabajo y te lo mereces.

Te diré qué gasto.

-Solo si quieres.

-Para que me digas si la reforma es cara o no.

-¿Qué has pensado hacer?

-Pues todo grande. Cuatro dormitorios, uno doble, con baños, un gran aseo, un despacho espectacular y un cuarto de lavado y plancha. Cabe todo. La cocina abierta al salón.

-Me parece bien, vas a tener un gran espacio para todo.

-Los colores me gustan grises como la casa, azules y negros. Y los muebles claros.

-Vale pide presupuesto. Llama mañana lunes. Y ¿estás seguro de que quiere que siga dirigiendo el despacho?

-Sí, unos años papá.

-Perfecto.

-No me quiero ver en un despacho sentado aún, quiero salir y entrar y llevar casos, ir al juzgado...

-Los llevarás, de eso no te quepa duda.

Su padre y él convinieron en que estaba bien el presupuesto de reforma integral que su hijo quiso hacerle al apartamento. Sabía qué quería, iba a quedar espectacular. A Victoria le cambiarían el despacho por uno de estudio pequeño y una parte de juegos.

Y así se hizo.

Su hijo y su amigo Logan tuvieron un despacho, llevaban casos, empezaron a trabajar duro, su padre siempre estaba al tanto y empezó a vivir solo como un señorito, se compró trajes, zapatos camisas y relojes como su padre. Un coche nuevo y caro. Lo imitaba e iba siempre impecable y oliendo bien.

-Lo has hecho un pijo como tú, Víctor.

Y Víctor se sentía orgulloso de su hijo.

-Vive enfrente, estoy tranquilo. Y sí, es un pijo, le encanta la ropa como a mí. Que tú no te quejes.

-No me quejo. Me encanta el padre y el hijo.

-¿Y la princesa dónde está?

-Aquí papi, trabajando- y el padre sonreía. Su hija era un caso.

-¡Qué hijos más trabajadores tengo!

-Deberes muchos, que lo sepas- decía la niña.

-¡Qué niña ésta!, parece mayor.

Y Mara se reía.

Y él se iba al despachito y la miraba tan bonita, de ojos verdes y morena como él.

-¿Qué hace mi princesa?

-Matemáticas.

-¿Tan pronto te ponen esos deberes?

-¿Qué quieres? tenemos que aprender.

Y el padre se reía.

Era una bandida pequeña, de remate, lo mismo soltaba una palabra en andaluz que otra en inglés neoyorkino.

-Nena tenemos un portento de niña- Le decía cuando entraba al despacho. Se había puesto un chándal y llevaba dos cafés para los dos.

-¿Ha merendado?

-Sí, ya merendó. Toma cielo, tu cafelito.

-Gracias mi amor.

-¿Qué haces?

-Tengo un paciente un poco loco.

-Como todos- dijo él sonriéndole.

-¡Qué malo eres!, no, pero es bipolar, me va a volver loca a mí y todo. Le preparo algunos ejercicios para mañana, ¿y tú qué?

-Voy a revisar hoy precisamente los casos que llevan ahora mismo Logan y Víctor.

-¿Trabajan bien?

-Muy bien.

-¿En serio o es porque es nuestro hijo?

-Nuestro hijo es muy inteligente, perceptivo e intuitivo, que lo sepas, como su padre.

-¿Chicas?

-No sé nada, al menos en el bufete no y eso que hay dos preciosas y jóvenes una para cada uno.

-Deja que elija.

-Si no me meto en eso, mujer.

-Por eso, nosotros hicimos nuestra elección.

-Y no me arrepiento ni por un segundo.

-Arrepiéntete y te irás de esta casa a comer paella a otro lado.

-¡Qué dura eres conmigo!, deberías haber estudiado derecho. No te quisiera ver en el juzgado.

-Para eso te tengo a ti, derecho y tieso siempre.

-Bandida, qué pena que está despierta...

-Tiene que cenar y bañarse y terminar los deberes, esta niña termina los deberes y estudia lo que el mandan. No he visto cosa igual.

-Lo que ve.

-Luego que juegue un poquito o vea dibujitos cuando la bañemos y cene.

-O yo le leo un cuento esta noche.

-¿Qué buen padre!

-Soy bueno en todo.

-¡No me digas!

-Dímelo tú, boba- y la besaba.

-Más que bueno.

-¡Ah!, pensaba que perdía facultades.

Y se sentaba enfrente.

-Bueno, o trabajo o me pongo, voy a trabajar.

-Sí, que te pones demasiado pronto.

-Tontilla ya verás luego...

Y luego lo veía y lo sentía y nunca se arrepentía de haberse casado con él. Y ya llevaban casi cinco años. Era tan feliz a veces que tenía miedo.

-¿Qué piensas?

-¿Me adivinas el pensamiento?

-Sí.

-Que soy tan feliz que me da miedo que algo pase.

-No seas boba, no va a pasar nada malo. Tenemos que criar a nuestra niña, a su hermano aún que es joven, verlo casado y a nuestra hija trabajando al menos.

-¡Ojalá!

-Sé optimista. Aprovéchate para cuando la próstata me dé un toque- y ella se reía.

-Anda deja que trabaje. Si eres tú que te pones mirando la nada.

-Te quiero.

-Y yo, pedazo de bandida mía.

El tiempo pasaba irremediablemente, como pasa la vida y los años. Siempre que el padre le decía que cuando quisiera tomara el mando, Víctor quería má

tiempo. Le gustaba salir y además no quería que su padre volviera a ese trabajo, cada vez más peligroso.

Y así al final, el padre se salió con la suya, en dos años entró al bufete una chica sevillana, Rocío, de padres adinerados, una chica laboralista que venía de Harvard. Una chica preciosa e inteligente y andaluza y su hijo se enamoró perdidamente de ella con 26 años.

Y con 28 la llevó a su apartamento para vivir juntos. Estaban tan enamorado como sus padres. Había aprendido a amar y a demostrarlo, gracias a su madre. La familia se conoció un verano que vinieron sus padres y un hermano que tenía policía en Sevilla mayor que ella. Victoria, no la dejaba ni pie ni pisa cada vez que iba a casa. Y a veces se la llevaban al parque, enamorados de esa pequeña parlanchina que parecía mayor.

Iban a comer los domingos a casa de Mara y Víctor o salían fuera todos, pero Rocío era encantadora y se hacía querer y quería a su hijo que era lo importante para ellos y se preocupaba de él.

Para Mara, era como una hija. Y cuando su hijo cumplió 34 años, le regaló un anillo de compromiso y ese verano, ella casaba a su hijo con 53 años y su pequeña Victoria había cumplido ya 11 años.

Doce años después...

Celebraban la jubilación de Víctor y de Mara. Habían cumplido ya 65 años y se retiraban de todo trabajo. Meses antes, su hijo había aprendido todo lo aprendible para llevarla, así lo quiso. Quería a su padre y tomó las riendas del bufete con 46 años, una edad maravillosa, aún joven. Todo un hombre ya. Ella lo miraba y lo amaba, era su hijo querido. Habían pasado tanto al principio, y ahora eran felices.

Su hija Victoria con 27 años, salía con un abogado penalista del bufete y ella se dedicó a divorciar a gente y todos se reían con ella, era graciosa, preciosa y también se graduó en Harvard con honores.

Y ahora que sus padres se jubilaban, ella se iba a vivir con Robert a vivir juntos. Robert le llevaba tres años y era de Manhattan y se habían conocido de vista en la Universidad también.

Y entre su hermano, su padre y los padres de él, le regalaron un apartamento cerca, en la misma Quinta Avenida, donde todos vivían.

Mara y Víctor se dedicaron a viajar, iban a Marbella casi todos los años y ella pasaba por el cementerio a llevarle flores a sus padres.

Hacían ejercicio y un amor tranquilo y bonito.

Víctor se volvió más detallista y tierno y vulnerable con sus hijos. Siempre preguntaba por ellos, si habían llamado, paseaban, hacían de comer, o salían fuera, iban al cine o al teatro, a ver museos.

Su vida era maravillosa. Dios les dio suerte para vivir muchos años, ver a su hija casarse con Robert y a Víctor de padrino orgulloso y elegante.

Y tener tres nietos, dos mellizos de Rocío y Víctor, dos chicas, Mara y Natalia y un chico de Victoria y Robert, Víctor III.

-Cielo, ¿lo hemos hecho bien, verdad?

-Sí, lo hemos hecho lo mejor que sabíamos, pero los resultados están ahí, tu hijo dirigiendo su bufete que ha renovado como su casa, tu hija feliz con Robert. Me encantan los que han elegido para sus vidas.

-Estamos solos...

-¿Te sientes solo?

-Nunca, contigo nunca.

-Puedes gritar.

-¡Qué guasona eres, boquerona!

Y ella lo abrazaba.

-Ya no se sube tanto, ni se pone tan dura.

-Pero aún es útil.

-¡Qué palabras usas!

-Te quiero tonto.

-Y yo bandida mía. He sido tan feliz contigo... Y eso que eras gordita.

Y ella se reía.

-Bueno, me llevé la mejor parte, eras el chico guapo y el tío más bueno que conocía. Y quien tuvo y retuvo, guardó para la vejez.

-¿Me ves guapo aún?

-Te veo un hombre maravilloso que pidió el mismo plato aquél maravilloso día a la hora de comer.

-¡Qué memoria tienes!

-Lo recuerdo todo.

-Te amo mi niña.

-Y yo a ti, siempre. Si tuviera otra vida... te encontraría de nuevo.

-¡Ay mi niña, qué cosas dices!...

Y la besaba y abrazaba, sus cuerpos calientes...